

CONQUISTA ESPACIO

EL OJO DE DIOS

Curtis Garland

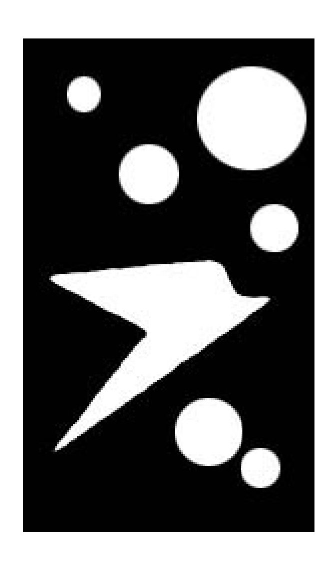
CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

CURTIS GARLAND

EL OJO DE DIOS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 669
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1983

1

El comandante consultó su cuaderno de bitácora electrónico en la pantalla tridimensional.

Día cinco mil seiscientos doce del período Post-nuclear, centuria treinta, sector temporal boreal. Vuelo intergaláctico Cero Uno, con rumbo desconocido.

Incidencias a bordo: ninguna.

Nacimientos: dos.

Defunciones: ninguna.

Funcionamiento de la nave: normal.

Situación de ruta: Cuadrante vigesimoctavo de la elipse cósmica doce. Velocidad y rumbo previstos.

Se apagó la pantalla tras recoger los datos recién inscritos en su memoria. El comandante exhaló un suspiró y contempló la inmensidad cósmica a través del gran visor frontal panorámico de la sala de control y mando del *Galaxia-Alfa*.

Todo lo transcrito en la computadora era algo que tenía un solo nombre: rutina. Rutinario era todo hasta el momento, desde que abandonaron su mundo primitivo y se lanzaron a aquella aventura obligada e ingente, lejos de todo lo conocido. Nunca lo hubiera pensado al iniciarla. Lo rutinario parecía estar vedado a la tripulación y pasaje del *Galaxia-Alfa*. Y sin embargo…

Hasta ahora, las cosas transcurrían con normalidad. Y eso, a fin de cuentas, en un periplo así, era algo que se debía celebrar con entusiasmo. A fin de cuentas, significaba que las cosas iban bien a bordo. Un buen síntoma para todos. Y esperanzador, por añadidura.

—¿Preocupado por algo, señor? —preguntó el jefe de comunicaciones Irwin.

—En absoluto, amigo mío —sonrió Waldo Random, moviendo su rubia cabeza con aire apacible—. Por el contrario, creo que hay motivos para felicitarse por el curso de nuestro viaje.

—Es lo que yo pienso, señor —también dibujó una sonrisa Irwin en su rostro de color aceitunado, bajo los cabellos lisos, negros y aceitosos—. Nunca imaginé algo parecido cuando subimos a esta nave.

—¿Quién podía pensarlo, después de lo que vivimos allí? —Random entornó soñadoramente los ojos y los dejó vagar por el piélago infinito de luminarias celestes que centelleaban en el negro

eterno del espacio—. La Tierra... Amigo mío, siempre se añora el hogar. Pero me pregunto si existirá ya siquiera nuestro mundo de origen.

—Según los cálculos, ya no —murmuró Irwin arrugando la frente—. Debe ser terrible encontrarse en nuestro Sistema Solar y ver un negro agujero de vacío donde antes estuvo un hermoso mundo azul...

—Así son las cosas —sonrió duramente Random—. Pensamos que nosotros mismos íbamos a acabar con ella, y la vieja Tierra resistió tres guerras más en novecientos años... para ir a morir cansada de sí misma, agotado su ciclo vital, destruida por su propia energía interior y por la aproximación de aquel sol... En fin, olvidemos todo eso ya. Quedó atrás. Sólo nos queda el recuerdo en la estereovideoteca, para avivar un poco nuestra nostalgia, de vez en cuando.

Irwin asintió, volviendo a sus controles de comunicaciones, ahora reducidos exclusivamente al mantenimiento de detectores de la nave, que pudiesen avisar y prevenir de forma automática cualquier posible choque con meteoros o cuerpos celestes perdidos en la inmensidad.

La nave *Galaxia-Alfa*, con su enorme masa sólida, dividida en tres bloques o cuerpos cilíndricos, con sus diez pisos, sus hileras de luces abiertas al negro espacio, su velocidad de crucero de cientos de miles de millas por minuto, y su interior ocupado por todo un pueblo, los descendientes del planeta tierra, avanzaba majestuosa por el Cosmos, alejándose más y más de su punto de origen a través de años y décadas, atravesando el espacio con rumbo indeterminado, en busca quizá de su destino.

En otro punto de la gigantesca nave, en esos mismos momentos, otras personas, integrantes de aquel singular pasaje, se preocupaban por problemas típicamente humanos, cuestiones íntimas y personales, como si nada hubiera sucedido. Como si, en vez de hallarse dentro de un coloso espacial surcando los ámbitos del Cosmos, se hallaran aún en sus casas, en sus lejanos y perdidos hogares de la Tierra, discutiendo de problemas cotidianos sin otra trascendencia que la de su propio reducto familiar.

—Vamos a tener nuestro primer hijo, Ada —dijo Ub Corman, paseando por los senderos flanqueados de macizos floridos—. Puede

ser una fecha importante en nuestras vidas.

—Lo será, sin duda —sonrió ella, caminando a su lado por aquellas veredas apacibles, donde los aromas de la flora, cuidadosamente cultivada en los grandes jardines de la nave bajo las bóvedas cristalinas y herméticas que les separaban del negro vacío estrellado, allá sobre sus cabezas—. No sólo porque nos hemos conocido y amado a bordo, esposo mío, sino porque él significará que la vida sigue, pese a todo, y que aún tenemos un presente… y quizás un futuro. Quiera Dios que nuestro hijo, en el día de mañana, conozca algo más que esta nave y los recuerdos archivados de nuestro mundo de origen.

—Lo conocerá, estoy seguro —afirmó con énfasis Ub Corman—. Llegaremos un día a algún planeta habitable, y podremos allí rehacer nuestra civilización, crear una nueva Tierra, donde nuestro hijo y los demás nacidos en el espacio durante esta travesía, lleguen a ser felices y a sentirse enraizados a un suelo de verdad, no a una forma que flota en el vacío, sin saber a dónde se dirige.

—Un hijo nuestro, Ub… —suspiró Ada Corman, extasiada, la mirada perdida en las estrellas, más allá de la bóveda plástica que les separaba del exterior—. Qué maravilla….

Y siguieron paseando por los jardines de la nave, lo mismo que otros viajeros del *Galaxia-Alfa* paseaban ahora por sus calles interiores, en los diversos pisos, haciéndose la ilusión de que todavía estaban en una ciudad normal, viviendo una existencia corriente. A bordo, la ilusión de que la nave era una urbe con sus avenidas, sus viviendas y sus zonas ajardinadas, era a veces casi completa. Eso hacía que los navegantes se sintieran menos aislados, menos enclaustrados en un vehículo, por gigantesco que éste fuese. El cuerpo central de la nave era el destinado a instalaciones de control, aprovisionamiento y defensa, así como a los centros energéticos y a los servicios de la tripulación. El cuerpo oriental era el destinado a jardines, lugares de recreo, salas de proyección de videotecas y de espectáculos filmados, centros culturales y toda clase de diversiones que combatiesen el tedio a bordo, desde los simples juegos electrónicos más o menos sofisticados, hasta los deportes y prácticas diversas. Finalmente, el cuerpo occidental se reservaba de forma exclusiva para viviendas, establecimientos comerciales y todo cuanto una ciudad puede ofrecer a sus

habitantes normalmente. Calles, plazas, túneles de autotransporte, ascensores y bloques residenciales para las familias de la nave o para los que se mantenían aún solteros, formaban un conglomerado urbano que podía hacer olvidar el encierro forzoso, gracias a hábiles juegos de perspectiva, efectos de luz y la inteligente aplicación del panorama exterior del espacio, en los lugares adecuados para que su inmensidad no pudiese dar a los viajeros del Cosmos un complejo inevitable de soledad y pequeñez ante lo ingente, lo infinito.

De ese modo, el *Galaxia-Alfa* era como el hogar que todos habían dejado definitivamente atrás. O, cuando menos, un sucedáneo relativamente aceptable, para todos aquellos seres necesitados de sentirse apegados a algo, a alguna parte concreta.

Rand Carson, segundo de a bordo, y hombre de confianza de Waldo Random, el comandante de la nave, se levantó de la mesa de la consulta médica, abrochándose su uniforme plateado.

—¿Todo bien, doctora Baumer? —preguntó.

Ilse Baumer, doctora especializada en medicina espacial, asintió con una sonrisa, cerrando la computadora de análisis diagnóstico. Echó una simple ojeada a la pantalla informadora.

—Todo perfecto —aprobó—. Tiene usted la salud de un caballo.

—Vaya, eso me tranquiliza. Últimamente había comenzado a sentirme inquieto por esos dolores de cabeza…

—Simples trastornos muy normales con su duro trabajo cotidiano, señor Carson. Nada especial. De todos modos, tómese estas cápsulas cada vez que sienta ese dolor, y no tendrá problemas —dijo tendiéndole un tubo de pequeñas esferas gelatinosas—. Es usted un hombre que trabaja mucho y se preocupa por las cosas en exceso, eso es todo.

—No puedo evitarlo, doctora. Esto es como mi segunda Tierra. Sé que de nosotros dependen tantas cosas, que el comandante Random y yo estamos todo el día en tensión, preocupados por los más nimios detalles.

Lo sé. Por eso he pensado en todo momento que estamos en muy buenas manos —rió la doctora suavemente—. Pero todo tiene sus límites, y la resistencia humana en estas regiones espaciales es inferior a la que existiría en nuestro planeta de origen. Por eso la fatiga y el *stress* pueden ser más fáciles aquí que en un mundo

firme, en un suelo tangible y concreto.

—Sé todo eso, pero no puedo evitarlo —suspiró Carson sacudiendo la cabeza enfáticamente mientras se dirigía a la salida del centro médico—. De todos modos, me cuidaré en lo sucesivo.

—Será lo mejor que pueda hacer, señor Carson —admitió ella con una sonrisa afable.

Randon Carson salió de la instalación sanitaria, caminando por los corredores del cuerpo central hacia los puestos de mando, en la gigantesca proa de la nave. Se cruzó con compañeros y subordinados que le saludaban respetuosamente. Las instalaciones de mantenimiento de la nave eran siempre las más concurridas. Más de trescientas personas formaban sus turnos de personal durante las veinticuatro horas teóricas del día a bordo. Horas que sólo eran una forma de adaptarse a períodos de tiempo ya conocidos, puesto que allí no había salida ni puesta de sol, ni movimiento rotatorio o de traslación, ni días ni semanas, ni meses ni años, salvo los que el calendario convencional de los humanos mantenía invariable, para evitar problemas de desorientación.

Uno de los ascensores vertiginosos llevó a Carson hasta la sala de mandos, donde el infatigable comandante Random manteníase alerta, dirigiendo el curso de la nave, rodeado de sus colaboradores más inmediatos y de las precisas máquinas que cooperaban a que todo a bordo fuese correcto y sin problemas.

—Creo que debe descansar unas horas, señor —dijo el oficial Carson, acercándose a su superior—. Esta nave puede también moverse sin su presencia, imagino.

—Claro —rió el comandante, de buena gana—. ¿Cómo fue la revisión, señor Carson.

—Perfecta. No tengo nada. Sólo un poco de fatiga psíquica, según la doctora.

—Lo imaginaba —asintió Random—. Es lo mismo que nos ocurre a muchos. Si hubiera un lugar en ese espacio donde poder establecerse y dejar estos muros…

Contempló el inmenso panorama celeste y meneó la cabeza, abatido. De pronto, se irguió, la mirada fija en la pantalla panorámica frontal. Simultáneamente a ello, una de las computadoras comenzó a funcionar, deslizándose cifras y datos sobre su pantalla velozmente.

¿Qué es *eso*? —se preguntó Random en voz alta.

Carson arrugó el ceño, girando la cabeza. También advirtió la repentina actividad de la computadora, así como el hecho de que en un panel luminoso lateral, donde la carta celeste de la región por la que transitaban aparecía reproducida y dividida en cuadrantes fosforescentes, se iluminaba como una súbita mancha roja, que hacía emitir un zumbido persistente a un detector.

—Algo ocurre, señor —indicó Carson—. Pero, ¿qué puede ser?

—Sé tanto como usted, señor Carson —confesó ceñudo el comandante, avanzando hacia sus colaboradores, que habían comenzado el seguimiento y localización del fenómeno—. Proyecten esa zona espacial en ampliación máxima, por favor.

Asintió el técnico de servicio, y bajo la panorámica se iluminó una pantalla electrónica, mostrando una zona de aquel mismo espacio, pero ampliada miles de veces.

Un resplandor púrpura brotó de la pantalla cuando un cuerpo luminoso quedó enmarcado en ella nítidamente. Adoptó la forma precisa de una espiral, cuyo centro era un punto intensamente brillante, del que partía la espiral más nebulosa. En torno a aquella forma resplandeciente, un halo de fosforescencia irisada se difuminaba hasta fundirse con la negrura espacial.

—No es un asteroide ni un planeta —murmuró Carson—. Es…, es como una nebulosa en espiral, semejante a Andrómeda, señor.

Sólo que *no* es una nebulosa. Vea su aspecto, señor Carson — indicó, pensativo, Random—. Es un cuerpo luminoso inconcreto. Trataremos de ver lo que dice la computadora respecto.

Tecleó con rapidez sobre el programador, esperando los datos relativos al cuerpo luminoso que se hallaba ante ellos. La pantalla les dio esos informes con rapidez:

CUERPO CELESTE DE NATURALEZA DESCONOCIDA. DISTANCIA DE LA NAVE, CINCO HORAS-LUZ. IRRADIA PODEROSA ENERGÍA TAMBIÉN INIDENTIFICABLE POR LOS DATOS. ATRAE A LA NAVE CON FUERZA. IMPOSIBLE MANIOBRAR PARA ALEJARSE O ELUDIRLA.

Se miraron los dos cosmonautas con asombro e inquietud. Los datos ofrecidos por la computadora no eran precisamente optimistas.

—Cinco horas-luz —repitió el comandante—. Eso significa que,

a la velocidad actual de crucero que llevamos, en menos de dos horas habremos penetrado en su campo luminoso. O nos habremos estrellado en su estructura, si es sólida. Tratemos de saber al menos eso, señor Carson.

El técnico de servicio se apresuró a poner en acción las computadoras de reserva, capaces de realizar análisis espectaculares a gran distancia, así como los analizadores de a bordo. Mientras tanto, todos contemplaban entre fascinados y preocupados la bella espiral purpúrea que, como un objeto fijo en el espacio, se mantenía inmutable ante ellos. Tampoco esta vez obtuvieron una información demasiado esclarecedora, cuando otra pantalla secundaria se iluminó con los datos obtenidos por la computadora analítica:

MATERIA DEL CUERPO LUMINOSO INCONCRETA. PUEDE SER GASEOSA PERO FALTAN DATOS PARA ASEGURARLO. POSEE UN PODER DE ATRACCIÓN MUY INTENSO. ESTAMOS EN SU CAMPO GRAVITATORIO. IMPOSIBLE ALTERAR EL RUMBO NI FRENAR LA NAVE.

Era la temida confirmación de que «aquello», fuera lo que fuese, les absorbía como si fuese un poderoso imán suspendido en el cielo y surgido de la nada. Random estaba pálido y tenso. Su oficial de confianza también.

—Me temo que no puedo descansar todavía —se lamentó Random—. Debo permanecer ahora al mando de la nave, señor Carson.

—Sí, señor —aceptó éste—. Y yo a su lado.

—Por supuesto. Avise a máquinas. Que intenten por todos los medios eludir el poder de atracción de ese cuerpo o lo que sea. Y que se mantengan abiertos los canales analíticos, por si nos es posible saber la composición real de esa espiral, antes de que nos absorba por completo.

Asintió Carson, disponiendo las medidas oportunas a través de las computadoras de a bordo y de las conexiones con los centros vitales del *Galaxia-Alfa*.

En su puesto de trabajo, la doctora Baumer recibió en esos instantes una auténtica sorpresa, por parte de un informe urgente llegado del pabellón de Maternidad.

—Se la requiere con urgencia en quirófanos, doctora —dijo la voz metálica de un sistema de robot-diagnosticador—. Parto

prematuro de la paciente Ada Corman, en quirófano quince.

—¡Ada Corman! —se sobresaltó la doctora—. Imposible... Sólo lleva cinco meses embarazada... Debe haber un error en el nombre. Comprueben ficha personal de la paciente.

Esperó, segura del error de transcripción. Casualmente, era amiga personal de los Corman, y sabía que Ub y Ada esperaban un niño para dentro de cuatro meses. No podía existir un parto tan prematuro ni siquiera a bordo de una nave espacial.

Un instante después, el robot insistía:

—Acuda con urgencia al quirófano quince. Identidad de la paciente, confirmada. Se trata de Ada Corman, documento de Identificación Cósmico AB-32.602-ZD-50. Parto a punto, con problemas graves. Acuda de inmediato a maternidad.

Estupefacta, la doctora corrió a la zona clínica indicada, todavía sin enteder una sola palabra de aquello. Médicamente era imposible que Ada diese a luz aún, salvo en el improbable caso de un aborto, dado su excelente historial clínico previo.

Sin embargo, cuando abandonó el ascensor ante los quirófanos de urgencia de Maternidad, y corrió al número quince, una sorpresa inmensa la aguardaba. Su ayudante, el doctor Lasky, aparecía ya en la puerta, embutido en su bata médica, con una amplia sonrisa en su rostro.

—No se precipite, doctora —indicó risueño—. La paciente acaba de dar a luz un niño en perfectas condiciones. Madre e hijo están fuera de todo peligro.

—Pero... ¡pero es imposible! —rechazó la doctora, atónita—. Era un embarazo de sólo cinco meses, doctor Lasky.

—Lo sé —el médico se encogió de hombros—. Se trata de un fenómeno inexplicable. El niño ha nacido normalmente. Pesa ocho libras y su aspecto es inmejorable. Hubo dificultades por lo prematuro... pero a sus cinco meses en el claustro materno, esa criatura parece haber pasado ya de cuenta, aunque no lo crea usted, amiga mía.

Dentro del quirófano sonó un grito ronco. Los dos médicos cambiaron una mirada alarmada, y corrieron luego hacia el mismo, sobresaltados.

Ub Corman, sujeto por dos médicos y dos enfermeros, forcejeaba por desasirse, los ojos desorbitados, fijos en el ser que acababa de

nacer y que permanecía en una cuna, dentro de una cabina esterilizada.

—¡No, no puede ser! —clamaba el padre, exasperado—. ¡Esa criatura no puede ser hijo mío! ¡Es monstruoso! ¡No es posible que eso ocurra! ¡Hace apenas unos minutos que nació y… y… vean ustedes, por el amor de Dios! ¿Tiene eso explicación racional?

Los médicos miran hacia la vidriera de separación. La doctora Baumer lanzó una exclamación de incredulidad, y el propio doctor Lasky murmuró algo, con tono sobrecogido.

Detrás del vidrio había un niño en una cuna, ciertamente. Pero su aspecto no era el de un recién nacido, sino el de un niño de, como mínimo, dos años… Les miraba a ellos, agitando sus manitas en el lecho… y sonriendo de un modo extraño, adulto, casi diabólico…

En ese momento, toda la enorme nave cósmica sufrió una convulsión violenta, y todos ellos fueron lanzados contra las paredes, donde se golpearon con fuerza. En los muros parpadearon las luces rojas de alarma máxima, y una sirena comenzó a ulular en todos los cuerpos de la supernave terrestre.

Era la confirmación de que algo extremadamente grave estaba sucediendo.

2

—¡Cuidado, señor Carson! ¡Pronto, que activen los estabilizadores de emergencia! ¡Algo nos está afectando fuertemente y perdemos el control!

Otro fuerte bandazo sacudió la nave, precipitando a unos contra otros. Algunos tableros de control empezaron a chisporrotear con violencia, produciéndose cortocircuitos. Carson, apresurado, conectó los mandos con la computadora central, tecleando la orden de activar estabilizadores.

Tras una vibración brusca, todo se normalizó, recuperando el equilibrio, aunque los indicadores de rumbo y velocidad permanecían invariables, señalando una ruta que no podían alterar, a una velocidad de crucero regular y sostenida, pese a los esfuerzos de los autocontroles electrónicos para acelerar o disminuir esa

marcha.

—Resuelto de momento el problema —jadeó el oficial Carson, enjugándose el sudor—. Pero no podemos evitar la aproximación a esa espiral luminosa, señor...

—Me lo temía —resopló Random, sombrío, logrando recuperar su propia estabilidad. Dirigió una mirada a los paneles humeantes. Varios técnicos estaban ya intentando apagar los incendios incipientes en sus mecanismos internos—. Reparen todos los desperfectos y recurran a los equipos suplentes si es preciso. Veamos si la computadora general nos señala el motivo de esos fuertes bandazos.

Presionó unos botones. En pantalla apareció el informe correspondiente:

ESTAMOS CRUZANDO UN CINTURÓN DE POLVO CÓSMICO CRISTALINO, INVISIBLE AL OJO HUMANO Y DOTADO DE RADIACIONES QUE IMPIDEN SU DETECCIÓN MEDIANTE LOS SENSORES. SU ROCE EN EL FUSELAJE PUEDE PROVOCAR FRICCIONES PELIGROSAS Y AVERÍAS EN LA CAPA REFRACTARIA EXTERNA.

—¡Cuidado, pronto! —gritó el capitán, precipitándose a un intercomunicador, por el que habló con energía—: ¡Eviten la fricción externa en el fuselaje, y si no es posible traten de refrigerar las capas protectoras constantemente al máximo nivel!

—Lo estamos intentando ya, señor —respondió uno de los expertos en protección exterior—. Aunque hay cuerpos invisibles e indetectables en el espacio, nos golpean con fuerza, y friccionan constantemente el fuselaje. En la Sección Occidental hay algunos puntos que comenzaban a quemarse y la temperatura aumentaba sensiblemente. Los refrigeradores han reducido en parte los efectos, pero me temo que no podamos sostener la situación durante más de una hora, señor...

—No se preocupe por eso. Dentro de una hora supongo que todo habrá pasado... o la situación será peor que nunca. Estamos avanzando a mucha velocidad hacia esa espiral de luz, que imagino estará también detectada en sus pantallas...

—Así es, señor. ¿No se puede reducir la velocidad para frenar el impacto con las partículas que rozan el fuselaje?

—No, no podemos hacer nada. La nave está fuera de nuestro

control en lo referente a velocidad y ruta. Seguiremos intentando alterar las circunstancias, pero no hay nada seguro…

El comandante Random cambió una mirada con su segundo, y contempló malhumorado la imagen luminosa en la pantalla. Aquella extraña espiral parecía acercarse por momentos, y ya los límites de su última curva concéntrica rozaban los bordes del rectángulo del visor ampliado. Sin embargo, en la panorámica sólo era aún una difusa y lejana mancha en la negrura cósmica, resplandeciendo su color púrpura en el vacío estelar, allá en la distancia.

—Creo que estamos en serios apuros —manifestó pensativo el responsable del viaje espacial.

—Si al menos supiéramos qué diablos es eso… —rezongó Carson, perplejo—. Si no es un cúmulo gaseoso, ¿de qué se trata?

—No lo sé. El gas no posee fuerza de gravitación como para atraernos con esa potencia, señor.

—Ya lo sé, señor Carson —confesó amargamente Random—. Tampoco tiene mucho sentido este campo de partículas invisibles e indetectables. Es como si hubiéramos entrado en una zona en donde las cosas carecen de lógica, donde todo da la impresión de ser anómalo, regido por otras normas y reglas…

—Después de todo, no deberíamos extrañarnos demasiado por eso —suspiró Carson—. Estamos ya fuera de nuestra propia galaxia. Hemos dejado atrás no sólo la Tierra y el Sistema Solar que conocimos, sino toda la masa galáctica que nos era familiar. Estamos viajando hacia regiones que nos son desconocidas, donde tal vez las reglas que rigen el equilibrio cósmico disten bastante de las que creíamos inmutables y comunes a todo el Universo.

—Es posible, pero hasta ahora todo fue normal, regular… Y de repente, esa espiral de luz lo alteró radicalmente. Trate de concentrar la labor investigadora de las computadoras en esa estructura luminosa, para tratar de obtener algún análisis concreto.

—Lo intentaré, señor, pero no parece cosa sencilla —admitió gravemente Carson, moviendo la cabeza con cierto desaliento.

En ese momento, uno de los subordinados del comandante Random le llamó desde su puesto de control:

—¡Señor, noticias urgentes del centro médico! Al parecer hay problemas extraños allí… La propia doctora Baumer quiere hablar

personalmente con usted.

—Dígale que no tengo tiempo de nada. Tenemos problemas también aquí.

—Se lo he dicho. Ella insiste. Dice que puede ser fundamental.

—Está bien, la atenderé un momento —de mala gana, Random conectó su propio intervisor, y apareció en pantalla el rostro de la doctora Ilse Baumer, con su rubia y fría belleza nórdica, realzada por su bata profesional y sus gafas de estilizada montura. A través del altavoz del monitor personal, le llegó la voz de ella con nitidez, mirándole fijamente desde la imagen reproducida en la pantalla fluorescente.

—Lamento molestarle en estas circunstancias, comandante. Sé que hay dificultades ahí. Pero también las tenemos aquí. Y muy extrañas, señor.

—Está bien, déme su informe, doctora. Tengo mucho que hacer... y disponemos de muy poco tiempo para ello.

—No sé lo que sucederá ahí, comandante, pero aquí ocurre algo que no tiene explicación lógica ni razonable. Algo que la medicina y la biología no pueden aceptar.

—Doctora, ¿no sería mejor que hablaran de eso entre ustedes, los médicos? —se irritó Random, preocupado por otras cosas muy distintas, fija su mirada ceñuda en la obsesiva espiral púrpura del visor central.

—Como quiera. Pero, ¿cree que usted, como comandante de esta nave, debe echar en saco roto el hecho de que un niño ha nacido cuatro meses antes de tiempo... y que a poco de nacer, representa ya cinco años... y física y mentalmente corresponde a esa misma edad?

—¿Cómo ha dicho? —se sorprendió Waldo Random.

—Lo que ha oído. Pero si cree que eso es hacerle perder el tiempo... olvídelo, comandante.

Y se cortó la conexión.

* * *

Sólo unos minutos más tarde, el comandante estaba en el centro de maternidad, examinando el caso más increíble que registraban los anales médicos.

—No puede ser... Ese niño..., ese niño no puede ser un recién

nacido…

—Por desgracia lo es, comandante —se lamentó con voz quebrada Ub Corman, abrazando a su mujer, que sollozaba, acostada en el lecho mismo donde había tenido poco antes a su primer hijo—. Esa criatura, por extraño que parezca, acaba de nacer… Y sin embargo, físicamente es un niño de seis años o más.

—Los análisis cerebrales y el bioencefalograma acusan una mentalidad propia de un niño de casi ocho años —señaló la doctora Baumer, mostrando un gráfico al comandante—. Se le ha hecho hace sólo dos minutos. Diez minutos antes, detectaba la mente de un niño de cinco. Puede decirse que su índice de madurez crece a razón de un par de años por cada siete u ocho minutos.

—Dios mío… —Random contempló los gráficos con perplejidad —. Eso no tiene sentido, ¿verdad, doctora?

—Ninguno —corroboró ella, mirándole preocupada—. Lo que me preocupa es que ese niño mira de un modo raro… y sonríe aún más extrañamente.

—¿Eso qué quiere decir, con exactitud? —se interesó Random, mirándole fijamente.

—No lo sé. Lo que quiero decirle es que a veces me pregunto si…

—Si… ¿qué?

—Bueno, es sólo una impresión, nada científico ni médicamente comprobado, claro está. Ese niño acaba de nacer y, aunque sea un fenómeno biológico, capaz de llegar al mundo con cuatro meses de antelación en condiciones normales, y de crecer un año por cada pocos minutos, no ha sido educado, enseñado… No ha recibido información exterior alguna, quiero decir. Sin embargo…

—Sigue sin concretar del todo, doctora.

Bueno, lo cierto es que tengo la horrible sospecha de que esa criatura no sólo crece física y mentalmente, sino que *sabe* todo lo que un niño crecido puede saber ya.

—Eso no puede ser, doctora.

—No sé si puede ser o no. Pero es. Mira de un modo especial, parece que sabe lo que uno piensa. Y se sonríe con aire de burla, como mofándose de cuantos le rodeamos.…

—Por favor, doctora, está hablando de nuestro hijo… —se quejó Ub Corman con tono dolorido—. Puede ser un caso anómalo, pero lo está pintando como un monstruo.

Es un monstruo, señor Corman, nos guste la idea o no —sostuvo ella con decisión—. Sólo se trata de dilucidar si lo es sólo en lo físico o en algo más.

—¡No tiene derecho a insultarnos así! —sollozó la madre, exasperada—. ¡Quiero ver a mi hijo, tenerlo conmigo! ¡Es mío! No pueden negarme ese derecho, comandante.

—Mire, señora Corman, yo no mando en este pabellón médico —objetó Random, conciliador—. La doctora es quien entiende de estas cosas. De todos modos, trataremos de ayudarles entre todos. A ustedes y a su hijo, se lo aseguro.

—No lo parece por esas palabras —se quejó el marido.

—Señor Corman, la situación no es normal. Debemos tratarla con cautela. Doctora, ¿a qué atribuiría usted el fenómeno producido con el hijo de los Colman? ¿Cómo iba el proceso de embarazo, según los diagnosticadores electrónicos?

—Normalmente. Era un embarazo habitual a los cinco meses. No existe razón clínica alguna que explique el parto prematuro... y menos aún que justifique el crecimiento desmesurado de ese niño.

—Señor Corman, ¿qué pudo pasar para que, de repente, un embarazo normal se convierta en un caso anormal? ¿Puede recordar algo fuera de lo común?

—No, que yo sepa —se expresó con angustia el padre, mientras su mujer seguía sollozando ahogadamente—. Recuerdo que hoy mismo estábamos hablando del futuro, de nuestro hijo, a largo plazo, paseando por los jardines...

Se detuvo, con un gesto de sobresalto. El comandante y la doctora cambiaron una mirada. Luego, Random alentó al padre:

—Siga. ¿Por qué se ha interrumpido? ¿Recordó algo, acaso?

—Así es —afirmó él con lentitud—. Seguro que no tiene nada que ver, pero...

—Será mejor que me lo cuente. Deje que decida yo.

—Bueno, fue mientras paseábamos por el jardín... De repente, surgió una luz en el cielo, sobre nuestras cabezas. No sé, fue una luz cegadora, repentina... de color púrpura. Luego se extinguió. Pero nos dejó deslumhrados. Recuerdo que Ada se llevó las manos al vientre, asustada. Dijo que había sentido un agudo dolor. Eso fue todo. Momentos más tarde, los dolores se reproducían, más intensos y continuados. Tuvimos que ir a la enfermería. Y se diagnosticó algo

asombroso: iba a dar a luz. Creímos que era un error de diagnosis, pero se confirmó de inmediato. Mi mujer estaba a punto de dar a luz. El parto fue inmediato y sin problemas. Y ahora... ahora todo parece monstruoso, anormal, como si fuéramos un caso aberrante...

—Es anormal, señor Corman —le recordó la doctora con cierta frialdad en su tono—. Eso es algo que no admite la menor duda. Y debemos tener el caso bajo control...

—Espere, doctora —terció Random, pensativo—. Eso que ha mencionado Corman de la luz púrpura... Debió ser una radiación de la espiral... Esa maldita cosa que nos tiene en su poder, nos guste o no. Tal vez esa radiación alteró todo... incluso la genética del pequeño que iba a nacer...

—Esa es una teoría interesante, señor..., pero sólo una teoría —le hizo notar la doctora con una mirada de profundo interés—. ¿Cree que esa materia luminosa puede ser tan poderosa?

—Sólo sé que estamos siendo absorbidos por ella, que nos atrae como si fuese un planeta gigantesco, aunque ni siquiera sabemos lo que es exactamente. Y que los más sofisticados sistemas de a bordo están prisioneros de esa energía que irradia la espiral. Por si fuera poco, sucede esto ahora. Y no me gusta. Doctora, mantenga una estrecha vigilancia sobre esa criatura. Si no estoy equivocado...

Ella le miró, esperando que siguiera. Al verle en silencio, le apremió:

—Si no está equivocado, comandante..., ¿qué?

—No, nada —resopló Random, pasándose una mano por el rostro—. Me gustaría equivocarme, créame. Pero el asunto me inquieta... casi me aterra. Insisto: cuide de ese niño, hágale vigilar... y no se fíe. Ni siquiera del propio crío.

Esto último lo dijo en voz muy baja, cuando se encaminaba a la salida, para que los Corman no le oyeran. Ella asintió, con una luz de comprensión en sus claros y astutos ojos. Justo cuando Random iba a abandonar la estancia de maternidad, apareció en la entrada Troy Milhard, jefe de seguridad de la nave *Galaxia-Alfa*. Era un hombre joven, atlético, muy rubio, de facciones enérgicas, con el uniforme del servicio especial de control de la nave.

—¡Comandante, ocurre algo horrible! —gritó con voz ronca, al descubrir allí a su superior.

—¿Qué es ello, Mulhard? —le apremió Random.

—Es una evasión en maternidad... —informó el encargado de la seguridad a bordo—. No tiene mucho sentido, pero hay un hombre muerto y...

—¡Muerto! —se alarmó Random—. ¿Quién?

—El enfermero jefe Wasserman —dijo roncamente Mulhard—. Le aplastaron como a un insecto... Fue esa criatura... el niño de los Corman...

—¿Qué? —se aterró Random, palideciendo, y cambiando una rápida mirada con la doctora Baumer, que también había perdido súbitamente el color.

—Mi hijo... —jadeó Ub Corman—. No, Dios mío...

—¿Qué ha sucedido exactamente, Mulhard? —le apremió de nuevo el comandante.

—Fue espantoso, señor... Esa criatura... salió de la incubadora... Representaba al menos doce o catorce años... Era alto, fuerte... y sus ojos poseían una malignidad horrible, según los testigos... Wasserman trató de sujetarle, dominando su sorpresa. El joven Corman le puso la mano en el rostro, con un simple empujón... y el enfermero rodó con un alarido, destrozado el rostro, la cabeza aplastada como si le hubiera pisoteado una apisonadora... Los demás retrocedieron aterrados, y el niño escapó del centro... no sin antes destrozar toda una vidriera de plástico blindado, como si fuese simple papel.

—¿Dónde está ahora esa criatura? —preguntó Random, demudado.

—Nadie lo sabe. Escapó hacia las plantas inferiores. Están tratando de localizarle mediante los detectores electromagnéticos, pero al parecer averió todo un circuito al escapar, y eso dificulta las cosas.

—Ocúpese de ello, Mulhard —ordenó con energía el comandante Random—. Tiene que ser hallado... y reducido, cueste lo que cueste.

—¿Y si no pudiéramos reducirle, señor?

Entonces... —miró de soslayo a los padres, que lloraban abrazados el uno al otro, y añadió con voz ronca, muy baja—: Entonces... *mátenlo*.

Y salió con violencia de la zona de maternidad, mientras la doctora Baumer corría a prestar sus atenciones profesionales a la

señora Corman, víctima de una fuerte crisis nerviosa.

3

Cuando el comandante Random entró en el centro de mandos, parpadeó, deslumbrado. En la pantalla, el resplandor de la espiral púrpura era intensísimo, bañando de luz toda la sala. Miró a sus subordinados, ocupados en sus tareas correspondientes, pese a la fuerte molestia que aquel fulgor producía en todos ellos.

—Nos hemos aproximado mucho en los últimos minutos, señor —explicó Irwin, sentado ante los mandos—. La fuerza de atracción es muy intensa ahora.

—¿Y la fricción con el fuselaje?

—Anulada ya. Al parecer hemos salvado esa zona de polvo cósmico invisible, y avanzamos derechos hacia esa espiral, sin interferencia alguna. Los mandos ya no responden, ni siquiera los manuales. Estamos por completo a merced de esa luz y de la energía que irradia. Apenas si nos queda una hora para caer sin remedio en su núcleo central, posiblemente para fundirnos en un juego cósmico desconocido.

—Una hora... —reflexionó Random, frenético, pulsando los teclados de su computadora—. Es muy poco tiempo, Irwin.

—Lo sé, señor. Exactamente, cincuenta y ocho minutos, veinte segundos.

Random asintió, comprobando en su propia pantalla esos datos, así como otros relativos al funcionamiento de los sistemas de seguridad a bordo de la supernave. No le gustó nada el informe que leyó en pantalla:

VELOCIDAD DE ATRACCIÓN DE LA MASA DESCONOCIDA EN PROCESO DE ACELERACIÓN. SISTEMA DE CONTROL Y AUTOMATISMO A BORDO, BLOQUEADOS. IMPOSIBLE TODA INFORMACIÓN.

DETECTADAS FUERTES RADIACIONES DENTRO DE LA NAVE, PROCEDENTES DE LA MASA PURPURA. IMPOSIBLE NEUTRALIZARLAS O IDENTIFICARLAS. NO EXISTEN ANTECEDENTES DE LAS MISMAS.

NIVEL DE RIESGO A BORDO, MÁXIMO.

El segundo oficial Carson le tendió un volante recién impreso por su propia computadora. El texto era breve y tan negativo como los anteriores:

NIVELES DE OXIGENO RESPIRABLE Y CONTROL DE TEMPERATURA AMBIENTE EN CLARO DESCENSO. DETECTADAS ALTERACIONES EN LOS NÚCLEOS DE ENERGÍA DE A BORDO Y EN SUS CAUCES NORMALES DE TRANSMISIÓN.

Una idea inquietante asaltó a Random ante ese nuevo mensaje pesimista dado por los sistemas cibernéticos independientes que aún funcionaban a bordo. Miró a Carson con gesto sombrío.

—¡El nivel inferior del centro médico! —jadeó—. Esa criatura escapó hacia allá. Y allí están los sensores de control de aire y de clima... ¡Dios mío, me temo que este monstruo está manipulando a su antojo los sistemas de transmisión!

—¿A qué se refiere, comandante? —se extrañó Carson.

Rápidamente, Random le puso en conocimiento de los extraños sucesos habidos en maternidad. Su segundo palideció ligeramente y afirmó despacio con la cabeza.

—Me temo, señor, que en ese caso usted tuvo razón... Esa criatura está actuando sobre los sensores de la planta inferior... Y si llega a los de energía eléctrica y motriz... podría dejarnos reducidos a la impotencia total.

—Me voy a ocupar personalmente de ese monstruo —dijo Random, decidido—. Le daremos caza, aunque sea a muerte. Usted, Carson, ocúpese de todo aquí como si fuese yo mismo. Está al mando de la nave en tanto busco a esa criatura del diablo.

—Como ordene, señor. Haré todo lo que esté en mi mano.

Random abandonó con rapidez la sala, dispuesto a dar caza al hijo de los Corman, fuera como fuese, a la desesperada, en los pocos minutos de que disponían, antes de que la situación a bordo resultara irremediable y, quizá, catastrófica por completo.

Cuando llegó a uno de los cuerpos de guardia de seguridad interna, convocó urgentemente en el nivel seis a las fuerzas disponibles, dotadas de todo el armamento reglamentario. Troy Mulhard, el jefe de seguridad, conectó con él para informarle que había dispuesto asimismo de una fuerza de cien hombres para buscar al niño desaparecido.

—Muy bien, Mulhard —le respondió Random por el intervisor

portátil—. Llévelos al nivel tres, bajo maternidad, y bloqueen los accesos a los puntos vitales de la nave, como son los reactores de energía fotónica y los conductos de servicios vitales. Empezamos a tener problemas con el aire respirable y el clima. Alguien está manipulando en los graduadores sin duda alguna.

—Ya lo he advertido, comandante —respondió Mulhard—. Por eso he dispuesto de inmediato la fuerza armada. Nos encaminamos al nivel tres para bloquear el acceso a los niveles dos y uno. ¿Algo más?

—Sí. La orden es intentar capturarlo vivo. Pero si se resiste, tendrán que matarlo sin contemplaciones. Esa criatura empieza a ser ya un grave riesgo para todos. Y ha cometido su primer asesinato...

Cerró el intervisor que llevaba en su mano, lo acopló de nuevo al cinturón magnético, y echó a andar hacia sus hombres, alineados en un vasto anfiteatro, pendientes de él. Había logrado reunir a ciento cincuenta vigilantes del servicio de seguridad, y les informó brevemente de cuanto había sucedido a bordo desde el nacimiento del niño de los Corman. Le escucharon en silencio, grave el semblante. Cuando empezó a dar las órdenes, le obedecieron al pie de la letra, y se formaron cuatro grupos al mando de. tres oficiales y del propio Random, que encabezó el más numeroso, dirigiéndose a los accesos del cuerpo central, que iban a parar al vientre del colosal navio cósmico, donde se hallaban las cargas fotónicas y los complejos sistemas de reacción de la nave, así como los centros vitales de la misma, incluidos el aire respirable, la temperatura ambiente, el grado de humedad, la gravitación artificial y otros muchos elementos básicos para la existencia a bordo, como el agua potable, la energía eléctrica, los paneles de la gran computadora central, y todo lo que hacía posible la existencia de todos ellos en aquel lejanísimo confín universal, a miles y miles de años-luz de la tierra que tuvieron que abandonar un día, en un pasado ya lejano para ellos.

El tiempo, mientras tanto, transcurría inexorable. La supernave seguía su forzado avance hacia el núcleo central de la espiral purpúrea, donde se hundiría irremisiblemente, llegado el momento, acaso en una masa incandescente que destruiría todo rastro de vida a bordo.

La fuerza capitaneada por Random, llegó al nivel tres con suma rapidez, utilizando uno de los vertiginosos ascensores especiales para el servicio de mantenimiento de la nave. Una vez allí, se abrieron en amplio semicírculo, moviéndose hacia donde los detectores estaban comenzando a señalar indicios de radiactividad.

—Es una radiación que no procede de las pilas fotónicas —informó un oficial de seguridad al comandante, arrugando el ceño —. Parece desplazarse por esta zona…

Random afirmó, ceñudo también, con expresión preocupada, comprobando que el parpadeo del detector radiactivo se aceleraba considerablemente al moverse hacia el corredor que conducía directamente al túnel de conducción hacia los centros vitales del *Galaxia-Alfa*.

—Mucho me temo que ese niño emita esa radiación —dijo sombrío—. Si es así, estamos ante un verdadero monstruo radiactivo, nacido de las entrañas de una mujer. Es decir, esa criatura… no es humana.

Los guardianes se miraron entre sí, desconcertados. Random dispuso su pistola láser con cargas suficientes para pulverizar cualquier cosa viviente, a medida que se movían precavidamente hacia la zona donde se detectaba la radiación variable. Los demás le imitaron.

Inesperadamente, al volver un recodo, el parpadeo del detector se hizo vertiginoso, y su indicador digital desfiló hacia la cifra cero con una rapidez asombrosa. Se detuvo justamente en 0.03. Estaban a sólo tres centésimas del punto cero de radiación. Los ojos de Random se clavaron en una puerta metálica situada frente a ellos, herméticamente cerrada al parecer. Sintió un sudor frío en su frente.

—Dios mío —palideció—. Está ahí detrás, seguro. Y ésa…, ésa es la cámara donde están los controles de energía eléctrica de a bordo. Si causa alguna avería, podemos quedarnos sin luz, sin recursos, sin medio alguno de combatir a ese monstruo…

Rápido, proyectó sobre la invisible cerradura de la puerta el chorro también invisible de su proyector de pulsera. Era una especie de llave magnética, que hizo deslizar las dos hojas metálicas sin resistencia alguna.

Se vieron frente al monstruo que estaban buscando.

Un grito colectivo de horror brotó de labios de todos sus hombres. Random, estupefacto, contempló al ser que solamente unos minutos antes naciera del vientre de Ada Corman.

Ya no parecía humano siquiera. Era un ser fosforescente, una pura incandescencia que se movía ante ellos, con la estatura de un coloso, las facciones desfiguradas por aquella luz que parecía brotar de sus ojos, de órbitas luminosas, y de su piel, cubierta de una sustancia fosfórica de lívidos tonos. Se movía con cierta pesadez, carecía de todo rastro de cabello y sus manos eran como amorfas estructuras membranosas y planas, que estaban golpeando con fuerza los centros de energía sobre un panel gigantesco, provocando centelleantes chisporroteos y cortocircuitos.

Emitió una especie de sonido sibilante al verse descubierto, y se volvió para mirar a los que se volvían hacia él. Varios de los hombres de Random, el ala derecha del grupo, se apresuró a disparar sobre el monstruo luminoso las líneas fulgurantes y frías de sus pistolas láser.

La lógica consecuencia de aquel ataque hubiera sido la fulminante destrucción del ser herido por más de diez rayos mortíferos. Sin embargo, no sucedió nada.

Es más, aquella acumulación de láser en su cuerpo pareció acrecentar su luminosidad corporal, despidió destellos cegadores... y alargó su brazo hacia los agresores, lentamente, como para señalarles acusador.

No fue eso lo que hizo. La mano luminosa proyectó sobre los subordinados de Random un chorro de luz. El comandante, aterrado, retrocedió con sus hombres. Los afectados por el impacto luminoso chillaron horriblemente. Luego, ante el pasmo de todos..., sus cuerpos se desmoronaron, convertidos en fragmentos cristalinos, como estatuas de vidrio pulverizadas de un simple golpe. No quedaron de todos ellos más que carbones brillantes como gemas, dispuestos por el suelo del corredor.

El monstruo emitió un chirrido áspero, moviéndose hacia los hombres del comandante Random. Este dio una seca orden, sin desviar sus ojos de la extraña criatura:

—¡Atrás, atrás! —bramó—. ¡Todos atrás, pronto, o será demasiado tarde!

Se inició la retirada masiva. Pero la criatura de luz les siguió, y

alargó sus brazos. Nuevas oleadas de luz brotaron de ellos. Para horror de Random, muchos de sus hombres se despedazaron a su alrededor, convertidos en simple amasijo de fragmentos cristalinos. El mismo se libró por puro milagro, al salvar el recodo del pasillo y quedar fuera del alcance del monstruo.

—¡Alerta! —gritó, hablando por el intervisor con tono de apremio—. ¡Alerta roja en toda la nave! ¡La criatura se ha convertido en un ser luminoso y radiactivo que emite ondas mortales de luz y disuelve a los humanos convirtiéndoles en simples fragmentos de vidrio! ¡Evitad todo contacto visual con él! ¡Cerrad las escotillas y puertas de seguridad en todos los niveles! ¡Bloquead los accesos y dejadle encerrado en el nivel tres, zona de controles de energía, aunque él nos acabe dejando sin fuente energética! ¡Actuad antes de que la energía salte a bordo!

Angustiado, se precipitó luego hacia uno de los ascensores, dirigiéndose en derechura al puente de mando. Cuando entró en la sala, un Rand Carson lívido, desconcertado, se ocupaba de dar órdenes y pulsar mandos, en un desesperado esfuerzo por evitar lo inevitable.

—Esto va muy mal, señor —informó con voz ronca a su superior —. No puedo controlar la situación. La energía ha descendido en un cincuenta por ciento, fallan los sistemas de refrigeración y de acondicionamiento de aire, y las computadoras indican graves fallos en sus fuentes de suministro de datos.

—Es el monstruo, Carson —dijo el comandante con crispación —. Se ha apoderado de una zona vital para nosotros. Y no podemos sacarle de ahí. Es una máquina de matar. No sé qué clase de diabólica fuerza lleva consigo y que le ha convertido en lo que ahora es, pero sospecho que tiene en sus manos nuestro destino, a menos que ocurra un verdadero milagro, cosa que no creo.

—Ha tenido que ser esa maldita espiral… —la señaló, enarbolando su puño con rabia—. Véala. Es…, es como una pupila fija en nosotros, desde la inmensidad. Nos atrae, nos domina, no nos permite huir a su poder de atracción. Y por si eso fuera poco, sus radiaciones han transformado a un recién nacido en una bestia cósmica de imprevisibles poderes. ¿Qué destino nos aguarda en esas circunstancias, señor? Apenas si faltan treinta minutos para penetrar en su núcleo irremisiblemente.

—¿Sabe si despide calor esa masa luminosa?

—¿Calor? No, señor. Ningún detector de a bordo ha captado aumento de temperatura exterior o en el fuselaje al aproximarnos a ese cuerpo desconocido. Es..., es como si estuviéramos acercándonos a una forma fría pero luminosa. Tal vez sólo sea polvo estelar...

—No, no lo creo. Sospecho que es una materia concreta, aunque desconocida para nosotros. Y que, ciertamente, no puede ser nada bueno.

Las puertas del puente de mando se abrieron, dando entrada a la doctora Ilse Baumer y al jefe de seguridad Troy Mulhard. Ambos venían muy excitados. Random les contempló, pensativo.

—¿Alguna novedad? —demandó, receloso, temiendo lo peor.

—Muchas y todas malas, señor —informó Mulhard, sombrío—. Hemos intentado bloquear a la criatura en la zona donde fue vista. Resultó inútil. Ha desgarrado los paneles de metal como si fuesen de simple papel, reventándolos mediante una fuerza que desconocemos... y se dirige hacia los depósitos de energía fotónica.

—Dios mío, si llega a ellos estamos perdidos. Es obvio que se trata de un ser que absorbe toda energía que se proyecta sobre él. Yo vi cómo los rayos láser de las pistolas eran absorbidos por él, y proyectados luego en forma mortífera sobre quienes los utilizábamos. Si llega a absorber toda la energía fotónica de las pilas, poseerá la fuerza de un coloso, será como una masa destructora moviéndose por esta nave. Y le bastaría desprender una parte de esa energía para destruir la nave en un instante, haciéndola añicos con todos nosotros dentro.

—Hay más aún, comandante —terció la doctora Baumer—. La gente..., la gente ha empezado a convertirse en cristal.

—*¿Qué?* —bramó Random, estupefacto.

—Todos los pacientes del centro médico, el personal de servicio, la gente que se movía por los niveles seis, cinco y cuatro... se ha transformado en estatuas de vidrio, cristal, hielo, diamante o lo que sea. Pero de cualquier modo, una materia cristalina, transparente, de color azulado. Están petrificados, no pueden recobrar la normalidad, no se mueven, ni detecté en ellos pensamientos, reacción humana o vital alguna. Es como si las estatuas de sal de la Biblia se hubieran hecho realidad, pero en una materia más vidriosa

y concreta.

—Cielos... —despavorido, Random cambió una mirada de angustia con su segundo—. ¿Qué podemos hacer? Doctora, ¿a qué atribuiría usted ese mal?

—Posiblemente a una mutación molecular o nuclear mediante una radiación desconocida. No es contagiosa, porque he tocado a algunas estatuas y nada me sucedió. Pero yo no estaba en la zona donde se hallan ellos cuando se produjo la mutación. De modo que debe tratarse de radiaciones emitidas hacia un determinado punto, donde éstas actúan sobre el organismo viviente, alterándolo.

—Eso quiere decir que podríamos convertirnos todos en estatuas de vidrio, antes de que transcurra el tiempo que nos queda para penetrar en ese núcleo...

—Muy posible, comandante.

—¡Señor, vea esto! —llamó Irwin, señalándole una pantalla.

Random corrió a ver lo que le mostraba su jefe de comunicaciones. Le siguieron la doctora y Mulhard. Para pasmo y horror de todos, la pantalla reflejó una terrible, cruda realidad.

Una amplia vista del nivel siete, con sus calles, jardines y viviendas, era visible allí ahora. La gente se había quedado parada, petrificada en plena calle, moviéndose en uno u otro sentido, para convertirse en simples estatuas de cristal azul, sin la menor señal de vida. Un par de perros también aparecían petrificados, totalmente azules y vidriosos, junto a un árbol de un jardín público.

—Dios mío... —susurró Random, demudado—. Está ocurriendo... Toda la nave sufre ese mal, se va extendiendo rápidamente a todas partes.

—El monstruo se está haciendo fuerte... o esa luz de allá fuera produce el fenómeno —señaló roncamente Mulhard, mirando a la espiral púrpura.

—¿Y qué podemos hacer? —jadeó amargamente Carson.

—Me temo que nada, amigo mío. Nada... salvo esperar a morir de un modo u otro. Eso es lo peor de nuestra situación actual...

4

Los minutos transcurrían con excesiva rapidez.

Y ante ellos, en la pantalla, el núcleo central de la espiral era ya una ingente masa de luz púrpura, cegadora, que hacía resplandecer todo el puente de mando de la gigantesca nave con su claridad cegadora, deslumbrante como la de un fantástico sol de extraña forma, perdido en el negro espacio intergaláctico.

Eran ya numerosos los centros de control inmovilizados y silenciosos. Como si toda la nave fuera enmudeciendo, adueñada por un poder siniestro y sordo, que extendía sus invisibles tentáculos por doquier. En vano se esforzaba Rod Irwin, al frente del control de comunicaciones, por mantener contacto con otros puntos de la nave. Los cuerpos laterales de la misma, el oriental y occidental, estaban ya totalmente desconectados, en lo visual y en lo fonético, de la zona central de la nave. Todos los intentos por conectar eran inútiles. Las centralillas respectivas ni siquiera respondían mediante grabaciones magnéticas. Su silencio era tan absoluto como aterrador.

—Nada, señor —resopló Irwin, tras un nuevo esfuerzo del que sólo resultó práctica una llamada al astropuerto central de la propia nave, donde tenían sus micronaves especiales de reserva, para cualquier salida al exterior, en caso de emergencia. Y también hubo una respuesta grabada desde la centralilla de la planta energética, pero nada más—. No consigo comunicar con ningún otro punto de la nave.

—Comprendo —asintió Random, sombrío—. Eso significa que estamos bloqueados aquí. Que el poder de esa criatura lo domina ya todo por completo.

—Me temo que todos los demás hayan sido reducidos a estatuas de vidrio... que es lo mismo que decir que han sido exterminados por el poder de ese monstruo —señaló Rand Carson con voz ronca.

—Aún no sabemos si esa mutación significa la muerte de los afectados o no —terció prudentemente la doctora Baumer—. Lo único cierto es que están reducidos a la más absoluta impotencia y paralización, eso sí.

—¿Espera que haya vida humana en un trozo de vidrio, de diamante o lo que sea esa materia en que se convierten nuestros camaradas? —dudó Mulhard.

—No lo sé. Estamos enfrentados a algo que desconocemos, que no se ajusta a lo que nosotros entendemos por lógico y natural. En

esas circunstancias, todo es posible.

—La doctora tiene razón en parte —apoyó Random—. Nos enfrentamos en estos momentos a unos hechos que no comprendemos. Tal vez hemos llegado demasiado lejos en este viaje, quizás hemos alcanzado una zona del Universo donde las cosas no son como en el resto del Cosmos, donde las leyes naturales se alteran y factores desconocidos nos acosan. Pero de un modo u otro, algo hay de cierto en todo esto: nuestra situación es desesperada. Dentro de pocos minutos, esa espiral nos absorberá sin remedio. Tal vez signifique la destrucción, tal vez una metamorfosis inimaginable, en algo que desconocemos. Por otro lado, dentro de la misma nave tenemos ya un peligro mortal, materializado en forma de un ser luminoso contra el que nada pueden nuestras armas.

En ese momento, todas las luces de la sala oscilaron con fuerza, extinguiéndose durante cosa de un par de segundos, para volver a brillar con menos intensidad que antes. Sólo el resplandor púrpura del exterior alumbró intensamente la cámara.

—¡La energía! —jadeó Carson—. Creo que empieza a alterarse su distribución…

—Así es, señor Carson —afirmó Random, ceñudo—. Me temo que es cuestión de momentos que todo quede paralizado a bordo por falta de energía que mueva máquinas y controles.

—Existen los sistemas manuales, señor —apuntó Mulhard—. ¿Cree que también pueden ser afectados?

—No lo sé, pero resultan muy limitados para intentar nada. Si falla la energía nos faltará todo lo demás: aire respirable, clima, gravitación artificial, estabilidad…, todo.

Carson asintió, mientras consultaba unos datos en una pantalla. Informó con voz tensa a los demás:

—De la lectura de datos se deduce que estamos funcionando al treinta por ciento de capacidad energética. Y va disminuyendo. Dentro de un par de minutos todo se oscurecerá.

—Tenga preparada la luz de emergencia y el sistema de respiración de reserva —dispuso Random—. Eso, al menos, nos permitirá sobrevivir un tiempo más sin energía central.

—Sí, pero ¿cuánto, señor? —dudó Carson—. No muchos minutos…

—Al menos, muchos más de los que nos faltan para hundirnos en esa espiral del demonio. Si hay impacto o esa materia nos absorbe y destruye, ya poco importará lo que suceda aquí dentro con los demás sistemas de supervivencia, porque esta nave sólo conducirá en su interior una masa de cadáveres.

Todos enmudecieron, porque el comandante no había hecho sino exponer una realidad cruda y tremenda que todos conocían de antemano. Las miradas se dirigieron a la pantalla amplificadora, donde destellaba la espiral, más cercana que nunca. En la panorámica central, sin embargo, era visible algo distinto aún, si bien la velocidad de aproximación era en estos momentos impresionante.

—Nueve minutos —señaló Irwin desde su control—. Eso es lo que nos queda para el impacto, señor.

Random afirmó con el rostro endurecido como una pétrea máscara. Sus ojos acerados se fijaban en la odiada forma espiral. Parecía estar buscando una salida desesperada. Pero no la encontraba.

Las luces oscilaron de nuevo, para extinguirse por segunda vez. En esta ocasión, no volvieron. La cámara quedó a oscuras, salvo por el resplandor púrpura de la espiral. Carson pulsó los resortes de energía de reserva, y brillaron mortecinos unos tubos de luz azul, al tiempo que se reactivaba la computadora a una marcha reducida. Random pulsó varias teclas, poniendo en marcha el circuito de emergencia que distribuía aire respirable de reserva en los conductos de zona, y mantenía el clima a temperatura benigna, aunque tendiendo lentamente a enfriarse.

—Ya hemos llegado al punto más bajo de resistencia —dijo la doctora Baumer—. ¿Cuánto podemos resistir así, comandante?

—No más de media hora, doctora —anunció él con sequedad—. Después, cuando se agoten las reservas de aire y deje de funcionar el sistema de emergencia de clima y gravitación, agotando la reserva energética en esta zona, todo habrá terminado. Pero antes, naturalmente, haremos impacto en esa masa de luz.

—De modo que a partir de este mismo momento, el resto de la nave está ya sufriendo el descenso brusco de temperatura, la pérdida de oxígeno y de gravitación...

—Sí, doctora. Si hay alguien aún con vida por ahí, alguien que

no sea una simple estatua de vidrio, comenzará a sufrir desde ahora mismo las consecuencias de la pérdida de energía de la nave, y si no ha muerto por efecto de esa horrible mutación, morirá de frío o de asfixia, flotando en la nave como si estuviera en pleno vacío exterior.

—Comprendo —susurró la doctora—. No hay remedio posible.

—No, doctora. No lo hay. De un modo u otro, estamos perdidos —fue la conclusión pesimista a la que llegó el comandante Waldo Random en ese momento.

* * *

Empezaban a notarse ya los síntomas alarmantes.

La temperatura había bajado varios grados, el aire se viciaba ostensiblemente, y las computadoras y mecanismos de mando estaban trabajando a sólo el diez por ciento de su capacidad. El resto de la nave permanecía en absoluto silencio. Era como si sólo quedaran ellos a bordo con vida. Varias llamadas a los centros de seguridad habían sido vanas. Nadie respondió.

—Podría ir a explorar, a ver si encuentro a alguien... —se ofreció en un momento determinado el jefe de seguridad, Troy Mulhard.

—No, amigo mío, no haga nada de eso —le detuvo Random—. Sería inútil y sumamente peligroso.

—Después de todo, el peligro ya existe también aquí, señor.

—Pero de momento continuamos vivos, y eso ya es algo. El resto de la nave es un silencio total que no presagia nada bueno. Si hubiera alguien con vida allá fuera habría intentado alcanzar este cuerpo central y, sobre todo, llegar hasta nosotros de alguna forma.

—¿Y la criatura? —terció Carson—. ¿Tampoco cree que viva?

—No lo sé, pero imagino que si vive, está agazapada en alguna parte, quizás en las propias pilas fotónicas de la energía central, convertido en una masa energética aniquiladora.

—Un minuto para impacto, señor —avisó roncamente Irwin.

Hubo un estremecimiento general en los presentes. Habían llegado a olvidar incluso la presencia de la espiral, sobre la que estaban ya inmersos, sumergiéndose hacia su núcleo central, deslumbrante allá en la pantalla y en el visor panorámico. Se volvieron, contemplando la forma immersa en la que se estaban

precipitando, en medio de los anillos incompletos de la gran espiral cósmica.

—Dios mío... —murmuró la doctora Baumer—. ¿Adónde nos precipitamos exactamente?

—Eso, sólo Dios lo sabe —suspiró el comandante Random, resignado.

Y contempló el desfile veloz de los segundos en el dígito de la pantalla electrónica que marcaba el paso del tiempo:

—Cincuenta y ocho..., cincuenta y siete..., cincuenta y seis...

La cuenta atrás del último minuto, posiblemente de sus propias vidas, estaba ya en marcha. Nada ni nadie podía detener a la nave que se sumergía en aquel abismo de luz infinita, insondable, como el más gigantesco sol imaginable.

La doctora Baumer se aproximó a Random y le miró. El también a ella. Se apretaron las manos con fuerza.

—Lo siento, señor —musitó ella—. Me sentía bien bajo su mando.

—Gracias, doctora —sonrió él, sereno—. Yo me siento orgulloso de todos ustedes..., amigos míos.

Irwin, Carson y Mulhard asintieron, acercándose también a su jefe. Formaban una reducida piña humana, entrañable y casi patética. Eran los últimos humanos vivos, puesto que el resto se había transformado en estatuas de vidrio. Y todo daba a entender que eso sería ya por poco tiempo. Estaban precipitándose hacia su final irremisible.

Cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro...

Eran las cifras del reloj digital electrónico. En su marcha atrás inexorable, hacia el segundo cero, el fatídico final de sus vidas, el momento del impacto definitivo en el corazón de la espiral.

Treinta y nueve, treinta y ocho, treinta y siete...

Poco más de medio minuto. Era todo lo que tenían por delante los astronautas de la Tierra que tan lejos habían llegado.

—Más de quince años de viaje cósmico, para nada —suspiró Irwin—. Este es el punto de destino...

—Quince años de nuestras vidas y de nuestro tiempo, señor Irwin —sonrió duramente Random—. Tal vez mil años en la Tierra, puesto que hemos viajado a mayor velocidad que la misma luz, y hemos saltado todas las barreras imaginables para alcanzar en estos

años el límite de lo conocido, más allá incluso de Andrómeda… Ha sido un hermoso viaje y un hermoso afán el que nos guió a realizarlo: la supervivencia de la especie humana. Algo que ya no está en nuestra mano conseguir, amigos míos…

El reloj electrónico seguía inexorablemente:

Veintitrés, veintidós, veintiuno…, veinte…

—Ya no soy vuestro jefe, camaradas —dijo Random, pasando un brazo sobre los hombros de la doctora y de Rand Carson, tras estrechar la mano cordial y fuertemente a Mulhard y a Irwin—. Enfrentémonos unidos con nuestro destino. Estamos en manos del Señor, del Creador de todo lo que nos rodea…

—Además de nuestro comandante, ha sido usted siempre nuestro amigo, Waldo —dijo la doctora suavemente, hablándole por vez primera sin protocolo jerárquico—. Y créame, me siento orgullosa de usted en ambos terrenos.

Random la miró, sorprendentemente agradecido. Apretó con más fuerza sus hombros.

—Gracias, Ilse —respondió—. ¿Sabe una cosa? Creo que me hubiera enamorado fácilmente de usted. ¿No le ha dicho nadie que, aparte de una excelente profesional de la medicina, es una mujer muy hermosa y muy femenina?

—Waldo… —susurró ella, perpleja pero halagada y casi emocionada.

—Mire —jadeó Irwin—. El tiempo se agota.

Era verdad. Los dígitos marcaban ya el momento decisivo, el final de la espera angustiosa, el límite de sus esperanzas:

Siete…, seis…, cinco…, cuatro…

—Adiós a todos —susurró Random con ternura en su voz—. Adiós, amigos.

—Adiós, amigo —dijeron todos a la vez.

Tres…, dos…, uno… ¡CERO!

Se agotó la cuenta. La nave se estremeció ostensiblemente, como movida por una fuerza colosal, que la hacía vibrar. Todos ellos, agrupados ante la pantalla, envueltos en la luz púrpura, se apretaron con fuerza unos a otros, en una colectiva y última muestra de solidaridad humana ante lo inevitable.

Incluso las luces de emergencia se apagaron, cesó toda actividad en las computadoras, incluso la más restringida. Un silencio mortal

les envolvió.

Después, tan bruscamente como se iniciaron, cesaron las vibraciones. Abrieron sus ojos, desorientados, los cinco seres humanos del puente de mando.

Seguían vivos. No había impacto.

Y, lo que era extraño... ¡no había nada en la pantalla ni en el visor panorámico que abordaba toda la extensión celeste!

Sólo negrura y estrellas.

La espiral de luz había desaparecido.

5

—No es posible... ¡No ha sucedido nada a bordo!

—Estamos ilesos...

—Y la espiral ya no está ahí —apuntó la voz de Irwin.

Todos contemplaron el panorama cósmico, las miríadas de estrellas y nebulosas, el inmenso vacío negro, tan limpio de cuerpos extraños como estaba antes de aparecer la espiral de luz. Aquello tampoco tenía sentido.

—Cuando nos hemos precipitado en su núcleo central... se ha evaporado —dijo Carson, estupefacto—. ¿Qué demonios ha podido suceder?

No lo sé, señores —manifestó Random, de nuevo en su papel de comandante de la nave. Se aproximó a la pantalla y estudió las estrellas que eran visibles. Meneó luego la cabeza, desorientado—. Yo diría que esas constelaciones y galaxias que vemos ahí, frente a nosotros, *no son las mismas* que había antes de aparecer la espiral, ni las que rodeaban a esa luz durante nuestro viaje a su núcleo central.

—Creo que el comandante tiene razón —apoyó Mulhard enfáticamente—. Me ha sorprendido la forma triangular de aquella nebulosa del fondo, así como ese piélago de estrellas en forma de óvalo, frente a nosotros.

—¡Miren eso! —señaló Irwin en ese punto—. Seguro que antes de ahora jamás estuvo ahí...

Todos miraron al punto que señalaba el técnico en comunicaciones. Carson lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es una especie de planeta doble! —murmuró—. Dos planetas

gemelos, pegados el uno al otro, lo juraría…

—Si pudiéramos accionar las máquinas y traer a ampliación su imagen, podríamos comprobarlo —dijo Random—. Así, lo único cierto es que tenemos ante nosotros dos cuerpos anaranjados, esféricos, superpuestos el uno al otro en su mitad, permitiendo ver sólo la otra mitad de su cuerpo. En efecto, yo diría que son dos planetas gemelos, enlazados entre sí por su propia ley de gravedad. Y, desde luego, nunca los vi antes de ahora.

—¿Dónde nos hallamos, entonces? —musitó la doctora Baumer —. ¿Dónde está la espiral de luz que causó todo esto?

—Doctora, mucho me temo que al caer en esa espiral hemos atravesado algo, quizá una barrera, un agujero, una puerta… hacia alguna parte —dijo roncamente Waldo Random.

—¿Qué quiere decir, señor? —se sorprendió Carson.

Señor Carson, podría jurar que, en vez de hundirnos en una masa ígnea capaz de aniquilarnos, hemos caído en un puente de acceso a…, a *otro* Universo. Hemos penetrado a través de un boquete o una puerta abierta en el Cosmos, en forma de espiral de luz… que nos ha conducido a otro hiperespacio, a un Cosmos que no es el que nosotros conocemos…

Pues si es así, comandante, en este Universo también existe *vida* —apuntó sorprendentemente Mulhard en ese punto.

Todos se volvieron hacia él, con perplejidad. Y el comandante exclamó con tono de sorpresa:

—¿Qué quiere decir con eso, señor Mulhard?

—Muy sencillo. Miren ahí, a su izquierda. Apenas era visible hasta ahora —señaló la pantalla panorámica de visual externa—. De momento creí que era un asteroide, mientras ustedes se ocupaban de ese doble planeta anaranjado… Pero no, no es un asteroide.

Los demás contemplaron el punto que señalaba Mulhard. Pudieron ver, flotando no lejos de ellos, en el negro vacío estelar, un cuerpo en forma cilíndrica, puntiagudo, muy semejante a los viejos cohetes terrestres de siglos atrás, cuando la astronáutica era una ciencia reciente, en pañales, allá a finales del siglo XX, mil años en el pasado.

—¡Cielos! —masculló Random, impresionado—. ¡Es una nave! ¡Una nave construida por alguna inteligencia, tal vez humana!

—Y asombrosamente parecida a las viejas naves terrestres de

nuestro pasado, señor —apuntó Irwin, estupefacto.

—Una nave… Sí, es una nave, no hay la menor duda. Estructura metálica, aerodinámica, de nueve o diez siglos atrás… Una antiquísima nave espacial terrestre, tal vez de otro planeta, no sé… pero algo hecho por el hombre, estoy seguro de eso.

—Diablo, señor, ¿cómo pudo llegar hasta aquí, si es así? —preguntó Conrad en voz alta, rascándose el cabello con aire de perplejidad—. Entonces nadie había podido sobrepasar la velocidad de la luz, ni tan siquiera rozarla de lejos. Y los métodos de fabricación, las fuentes de energía, el combustible… todo era primario, difícil de alcanzar un nivel mediano para sobrepasar de alguna forma el propio Sistema Solar terrestre…

—Eso, suponiendo que esa vieja nave fuese terrestre… que pudiera ser que no lo fuera —apuntó Irwin, pensativo.

—Me temo que el comandante tuvo razón —habló lentamente Mulhard—. No porque me sepa mal que esa nave sea terrestre…, sino porque aparte de no entender cómo llegó a este lugar en épocas tan remotas y con tan limitados medios no creo que podamos esperar ayuda alguna de ese vehículo espacial. Vean su fuselaje… ¿No identifican la bandera que lleva en su exterior?

—Cielos, no…, no es posible… —musitó roncamente Random, acercándose a la pantalla para ver mejor—. Una bandera roja, con una estrella… y un símbolo… Sí, una hoz y un martillo…

—¡La Unión Soviética hace mil años! —remachó, estupefacto, Irwin—. ¿No es eso?

—Exactamente —confirmó la doctora Baumer, estudiando el fuselaje de la misteriosa nave—. Vean también las siglas en vertical, a lo largo de ese cilindro… URSS… Es rusa, no hay duda. Y debe tener casi diez siglos de vejez.

—Se conserva bastante bien para ser tan vieja —quiso bromear Irwin—. Pero, desde luego, no hay que confiar demasiado en que las cosas se nos arreglen gracias a la presencia de ese objeto en estas regiones. Debe estar vacío… o como máximo, poblado de cadáveres con siglos de antigüedad… Una especie de ataúd flotante, perdido en este lugar del Universo… o de otro Universo.

—Eso vamos a comprobarlo de inmediato —dijo inesperadamente Random.

Todos se volvieron a mirarlo, sorprendidos. La doctora Baumer

entornó sus ojos tras las gafas, pensativa y astutamente.

—¿Qué pretende dar a entender con esas palabras, comandante? —solicitó.

—Creo que usted lo ha imaginado ya, doctora —sonrió Random—. Vamos a visitar a esa nave de inmediato.

—¿Se refiere que vamos..., que vamos a salir de nuestra nave para ir a esa otra? —jadeó Carson, desorientado.

—¿Por qué no? Tenemos poco o nada que hacer aquí, por el momento. Ser los únicos supervivientes de una supernave con más de veinticinco mil personas a bordo, sin energía, sin luz, sin aire respirable, sin capacidad de movimiento, sin temperatura adecuada para sobrevivir más de un día, sin autonomía de vuelo, y con una bestia incandescente y radiactiva dentro de la nave, creo que no nos lleva a ninguna parte, salvo a morir en breve plazo de forma irremisible.

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo, señor? —dudó Mulhard.

Muy sencillo: tomar el ascensor directo al astropuerto central, y una vez allí tomar una de las naves *Icaro* de medio crucero, para navegar hasta ese vehículo del pasado y conocer su interior, lo que le sucedió a él y a sus tripulantes alguna vez, en un lejano tiempo...

—¿Cree que podremos llegar allí sin problemas y poner una nave en marcha? —objetó Carson.

Al menos hemos de intentarlo, señor Carson —sonrió el comandante—. Si logramos subir a un *Icaro* y ponerlo en funcionamiento, no habrá problemas. Esas naves actúan independientemente de su nodriza, el *Galaxia-Alfa*, posee sus propios medios de desplazamiento y maniobra... y tal vez nos aleje lo suficiente del monstruo de esta nave, con su terrible poder mortífero.

—Y dejar abandonada la nave... —susurró amargamente Carson, cabizbajo.

—De momento, no hay otra salida, créame. Soy el primero en lamentarlo, y como comandante de ella, debería ser el último en abandonarla. Pero aquí no podemos sobrevivir, de momento. Dejemos la nave a merced del detino, y confiemos en poder regresar pronto a ella para recuperarla, si ello es posible.

—Sería un verdadero milagro, ¿no? —dijo Irwin, sombrío.

—Naturalmente, señor Irwin. Un gran milagro, como lo sería

también devolver la vida y la forma original a los que han sido petrificados a bordo. No podemos confiar en ello, pero cuando menos, tenemos que huir de ese peligro, puesto que no conduce a nada permanecer a bordo ahora. Esta es una nave muerta, un inmenso cementerio con veintitantos mil cadáveres a bordo, ésa es la pura realidad y hemos de aceptarla tal como es. ¿Alguna objeción a mi plan, señores?

—No, ninguna, señor —negó Carson.

—Yo tampoco —añadió Mulhard.

Yo sólo formularía una pregunta: ¿cuánto podemos sobrevivir en una nave *Icaro*? —era la doctora Baumer quien formulaba el interrogante.

—A bordo de cada una de ellas hay provisiones concentradas y agua para más de un mes, repartido entre cinco o seis personas. Somos cinco, por tanto no existe problema alguno.. En cuanto a aire respirable, hay también el necesario, aparte de que se regenera automáticamente el ya consumido, y hay además media docena de depósitos de emergencia de aire concentrado. ¿Contesta eso a su pregunta, doctora?

—Sí, señor. Gracias —sonrió ella, desviando sus ojos, levemente enrojecidas sus mejillas.

—No tiene por qué darlas —sonrió a su vez Random. Se volvió a Irwin y añadió—: Sólo queda usted. ¿Qué decide?

—Iré adonde vaya usted, señor. A ciegas —confesó rotundamente el joven técnico en comunicaciones.

Momentos después, un ascensor de funcionamiento manual descendía lentamente con los cinco a la planta inferior, la llamada subcero, donde se hallaba la plataforma del astropuerto de la nave. Allí se alineaban ante sus ojos, cuando llegaron, hasta una docena de naves distintas. Ocho eran de pequeño tonelaje, tres medianas y una grande, capaz al menos para cien personas. Eludieron ésa y las medianas, para acercarse a la hilera de naves *Icaro*, desde una de sólo dos pasajeros hasta varias de seis.

Elegimos cualquiera de ellas. Esa misma —señaló la *Icaro-3*, de color rojo brillante—. Si hubiera alguien con vida a bordo de la nave rusa, el color rojo podría revelarles que somos amigos.

—Supongo que bromea, señor —rió Irwin—. Allí ya no puede haber nadie... y hoy en día ni siquiera existen ya Rusia y Estados

Unidos. Ni existían cuando salimos de allí, desde muchos siglos atrás.

Pero eso, si alguien viviera ahí dentro, no podría saberlo —sonrió Random—. De todos modos, usted tenía razón, señor Irwin. Sólo estamos bromeando… Vamos, arriba, suban todos. Debemos abandonar la nave cuanto antes y partir con la *Icaro-3*.

Obedecieron en silencio, ocupando sus asientos en la reducida cámara de la ligera nave. Con alivio, Carson comprobó que los sistemas electrónicos de a bordo funcionaban perfectamente, al revés de lo que sucedía en la nave principal, y que el combustible concentrado de su reactor también estaba en plenitud de rendimiento. Obviamente, el monstruo y su fuerza destructora no habían prestado atención alguna al astropuerto, para suerte de ellos, aunque siempre hubiera cabido la posibilidad suprema de los mandos manuales, más engorrosos y complicados que depender de la computadora de a bordo.

Ahora, veamos si podemos movernos fuera de la nave, en ese hiperespacio donde nos encontramos —murmuró Random, situándose ante los mandos del *Icaro*—. Preparados todos. Vamos a partir.

Tecleó en los controles. Un zumbido sordo brotó del interior de la ligera nave. Ante ellos, pesadamente, se abrió una compuerta metálica, activada por los sensores del *Icaro*. Un instante después, en medio de un sibilante rugido salían disparados al negro vacío estelar, dejando atrás el enorme vientre del cuerpo Central de la supernave *Galaxia-Alfa*.

—¡Lo logramos! —exclamó Carson, enjugándose el sudor—. Le felicito, señor. Su idea fue acertada. Al menos estamos fuera de ese enorme cementerio… y algo más lejos del monstruo luminoso.

Aún no es hora de cantar victoria, señor Carson —sonrió Random, atento a los mandos, su mirada fija en la pantalla del computador—. Estamos justamente comenzando una nueva aventura, a merced de nosotros mismos, y en cierto modo desertando de nuestras más sagradas obligaciones. Pero tengan por seguro que no haría esto si no fuese por la necesidad de buscar una sola posibilidad de salvación para el *Galaxia-Alfa*… y para nosotros mismos.

—Lo sabemos, señor —terció Mulhard gravemente—. Nuestra fe

en usted es total.

—Gracias, señor Mulhard —suspiró Waldo Random—. Dios quiera que esté a la altura de esa fe que mantienen en mi persona. En realidad, a partir de ahora, todo será un puro azar, se lo aseguro, en el que la suerte y nuestro propio destino jugarán las cartas más fuertes.

—Aún así, Mulhard tiene razón —dijo la doctora—. Confiamos en usted, señor.

Random miró a la doctora. Y ella a él. Tras un silencio, el comandante tragó saliva, se volvió a sus mandos y se limitó a manifestar con sencillez:

—No olvido lo que le dije cuando creí que era nuestro último momento, doctora. Sigo pensando igual. Y no me importa que lo sepa.

Ella respiró hondo. Bajó la cabeza. El la oyó su respuesta en un murmullo:

—Estaba segura de ello, señor. Me siento muy feliz por esas palabras, créame.

Random sonrió, manteniendo el control sobre los mandos de la nave. Programó el computador para un desplazamiento hacia el vehículo flotante. Se desplazaban por aquel vacío sin problemas, en tanto su nave nodriza permanecía quieta, como anclada misteriosamente en aquel océano negro, tachonado de galaxias y nebulosas que le eran desconocidas. Trató de averiguar algo a través de los datos memorizados en la computadora de a bordo, en relación con la zona espacial que les rodeaba.

Como había sospechado desde un principio, la respuesta de la máquina fue fría y carente de emociones, pero muy concreta y significativa:

IMPOSIBLE RESPUESTA POR FALTA DE REFERENCIAS. ZONA ESPACIAL DESCONOCIDA. GALAXIAS Y ESTRELLAS NO INCLUIDAS EN CARTAS GALÁCTICAS PROGRAMADAS.

DISTANCIAS DE PUNTOS DE REFERENCIA CONOCIDOS, IMPOSIBLES DE MEDIR POR CARENCIA DE DATOS.

Era lo que había imaginado. La computadora no reconocía a ninguna de aquellas estrellas y núcleos, pese a tener memorizados millones de cifras, datos y nombres concretos. Tampoco podía calcular distancias en relación con Andrómeda, Orión, la Vía Láctea

o la propia Tierra.

Tal vez, pensó, porque no había ni siquiera distancias. Esto no era el Universo que él conocía. Era un Universo... más allá del de su procedencia. Más allá de todo lo imaginado. Al otro lado de una espiral luminosa que había sido como el acceso a un ultraespacio remoto, acaso a otra Dimensión.

Pero allí había un antecedente. Ellos no habían sido los primeros en llegar. Una nave soviética, de principios del siglo XXI, una antigua nave con el viejo emblema nacional de la URSS y sus siglas ya olvidadas por el propio mundo terrestre desde siglos atrás, había cruzado la frontera antes que ellos, sólo Dios sabía cuándo y por qué razones.

A medida que se aproximaban a la vieja nave perdida en aquel hiperespacio, los ojos de Random iban escudriñando más y más los detalles de su abollado fuselaje, víctima sin duda de la acción del tiempo, de posibles choques con cuerpos celestes, o de peripecias que tal vez nadie podría revelarles jamás.

Descubrió datos que pasó a la computadora, en busca de información. Obtuvo poca, pero esclarecedora:

NAVE A ANALIZAR TIENE SU ORIGEN EN TÉCNICA ASTRONÁUTICA DEL SIGLO XXI, ENTRE LOS AÑOS 2042 Y 2100 DE LA ERA CRISTIANA ORIGINAL, PREVIA A LAS GRANDES GUERRAS NUCLEARES Y EL NUEVO ORDEN DEL PERIODO POST-NUCLEAR.

PERTENECIENTE AL TIPO *ULTRA-SOYUZ III*, DE MANUFACTURA SOVIÉTICA.

En eso confiaba sus teorías. Estaba ante un viejo dinosaurio de la antigua tecnología terrestre, previa a las grandes confrontaciones atómicas que cambiaron el curso de la Historia en el planeta Tierra. De eso hacía ya mucho tiempo, quizá demasiado. Era como ir al encuentro de un remoto pasado, de una prehistoria de la técnica y el progreso humanos en la conquista del Universo, de otros mundos, de otros lejanos ámbitos siderales.

La nave *Icaro-3* llegó a las proximidades de la soviética. Random redujo la marcha y aplicó los estabilizadores para frenarla y dejarla flotando en el vacío, en un punto fijo, a la suficiente distancia del vehículo ruso para evitar que fuese atraída por éste. Luego se volvió a sus compañeros de viaje.

—Tenemos que entrar allí para explorar el interior —dijo—. Yo iré en primer lugar. Otro me acompañará. Los restantes se quedarán a bordo, esperando.

—¿Puedo ir yo, señor? —ofreció Carson.

—No, usted no. Se quedará al mando de esta nave, que es ahora todo nuestro reducido mundo, señor Carson.

—Imagino que a mí no me va a aceptar por ser mujer —sonrió la doctora Baumer.

—Exacto. No deseo que corra riesgo alguno por el momento. Mulhard, venga usted. Después de todo es un experto en seguridad personal.

Que serví de bien poco en el *Galaxia-Alfa* —murmuró tristemente el aludido—. Como usted ordene, señor. Iré muy gustoso en su compañía.

—Entonces no se hable más. Ustedes tres permanecerán atentos a cualquier contingencia, y usted, señor Carson, recuerde que debe, por encima de todo, proteger esta pequeña nave y a las personas que le confío. No corra riesgos inútiles ni se aventure por mí o por el señor Mulhard a ninguna decisión peligrosa, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. De acuerdo.

—Mantendré en todo momento el contacto fonovisual con la nave a través de ustedes, señor Irwin. Procure tener siempre dispuestos los dos canales de conexión, por si falla uno.

—Descuide, comandante —afirmó Irwin, pulsando el teclado de su comunicador—. Todo está a punto. Si no hay interferencias de origen desconocido, todo irá bien.

—Eso espero —suspiró Random, incorporándose y dirigiéndose a la cabina donde se almacenaban los atavíos y escafandras espaciales—. Vamos allá, señor Mulhard.

Los dos hombres entraron en la cabina, saliendo poco después ataviados con sendos trajes presurizados, con escafandra herméticamente ajustada, de material transparente. El comandante lucía el color rojo en su indumentaria, y verde su acompañante. En la distancia sería fácil diferenciar a uno de otro, así como en las comunicaciones visuales de la pequeña pantalla en color de los intervisores portátiles.

—Hasta pronto, amigos —se despidió Random, encaminándose a la escotilla de salida con su compañero de exploración.

—Suerte, señor —le deseó la doctora Baumer con voz emocionada, levemente temblorosa.

A través de la escafandra oval, Random dirigió una mirada a la bella doctora, y en sus ojos pudo leer ella un implícito mensaje de ternura, de afecto... acaso de amor.

Luego, los dos hombres salieron al espacio, unidos entre sí por un cordón de plástico que, a su vez, les unía a la nave *Icaro*, mientras se desplazaban flotando mansamente en dirección a la vieja nave soviética. Era impresionante ver sus dos figuras, roja una y verde otra, brillando con reflejos de plástico en el negro abismo celeste, cada vez más lejos de ellos.

Alcanzaron en pocos minutos la superficie metálica y abollada del vehículo espacial. Ambos adhirieron su calzado magnético a la misma, y se movieron sobre el fuselaje como antiguos buzos en el fondo del mar, lenta y pesadamente. Random hizo vivas señas a su compañero, cuando dio con un boquete lo bastante grande como para penetrar por él en el oscuro interior de la misteriosa nave a la deriva.

Los dos exploradores desaparecieron de la vista de los astronautas que permanecían a bordo del *Icaro-3*. Se miraron entre sí, angustiados. Irwin conectó de inmediato los intervisores a la pantalla central. Allí apareció la imagen tridimensional y en color de los dos astronautas, dentro de la nave rusa.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el joven técnico—. ¿Oyen mi voz y captan imagen?

—A la perfección, señor Irwin —afirmó Random—. Mantenga el canal abierto. Estamos en la parte exterior del vehículo, pero se ve un túnel y una puerta al fondo. Tal vez conduzcan al corazón mismo de esta nave, donde se hallarían en su día los tripulantes.

Asintió Irwin. En la pantalla, aunque borrosa por la oscuridad del interior de la vieja nave, la imagen de los dos exploradores era perceptible. Y el sonido llegaba con total nitidez.

Random y Mulhard se movieron hacia aquella puerta, al final de un túnel cilindrico, angosto y ocupado por el vacío exterior a través del desgarrón en el fuselaje. Flotando en el vacío, sus cuerpos se aproximaron a la puerta hermética. Cuando estuvieron en ella, el comandante advirtió que tenía un viejo sistema de cierre y apertura magnética, fácil de resolver con los modernos métodos. Le bastó

aplicar su guante, provisto de una capa de metal magnético especial, para que sonara un leve chasquido y se abriese la puerta ante ellos. Pasaron a una especie de compartimento estanco, donde si bien penetró con ellos el vacío, pronto advirtieron ambos, con perplejidad, al examinar con su mirada un indicador de nivel de aire respirable, que la cabina se llenaba de oxígeno automáticamente. Era un sistema antiguo pero práctico de crear compartimentos estancos especiales, a modo de los que por entonces había en los submarinos para salir o entrar en ellos. Lo sorprendente para ambos expedicionarios era que el vetusto sistema siguiera funcionando.

Para pasmo de los dos, se abrió también de forma automática otra compuerta situada al lado opuesto… y pudieron pasar, sorprendidos, a una vieja cámara de la astronave, donde se alineaban hasta diez asientos confortables.

Lo peor era lo que contenían aquellos diez asientos. Sólo uno estaba vacío. Los otros contenían restos humanos, sujetos aún con correas a sus asientos. Esqueletos de cabello largo, embutidos en trajes espaciales de diversos colores, pero todos ellos con la bandera soviética y las siglas URSS en sus mangas.

Eran como viejas momias olvidadas en el espacio. Acartonados cadáveres grisáceos, esqueletos cubiertos de una tenue piel cenicienta que, sin duda, se evaporaría sólo con el roce, y cuyo cabello denunciaba en ellos la diferencia sexual. Cuatro eran hombres. Cinco eran mujeres. Ahora, todos ellos no eran sino un macabro espectáculo de cuerpos descarnados, de vacías fosas, eterna sonrisa sin labios, manos yertas en los brazos de sus asientos, revelando cada hueso de sus dedos petrificados.

—Dios mío —musitó la voz de Carson por el interior—. ¿Qué tragedia horrible tendría lugar a bordo en su tiempo, señor?

—Eso… tal vez jamás lleguemos a saberlo, amigo mío —suspiró el comandante—. Pero lo cierto es que estamos en un auténtico panteón espacial…

No del todo, señor, no del todo —dijo roncamente una voz a espaldas de ellos—. *Yo aún estoy vivo…*

Ambos astronautas se volvieron, incrédulos, con un escalofrío de horror.

6

—¡No es posible! —desorbitados sus ojos, Carson se precipitó hacia la pantalla donde podían asistir a la expedición de sus amigos y compañeros—. ¡Un ser viviente dentro de esa nave! ¡Eso es totalmente imposible! ¡Busque su imagen en pantalla, Irwin, por el amor de Dios!

—No puedo, señor —se excusó el técnico en comunicaciones, accionando con desesperada urgencia los mandos—. Vea... la pantalla se oscurece. Ocurre algo. Están interfiriendo la imagen y el sonido. A bordo está pasando algo... y algo que no puedo entender...

Era cierto. La pantalla se cubrió de líneas onduladas de interferencia, así como un zumbido intenso que dificultaba la llegada del sonido. Pese a sus esfuerzos, e incluso al cambio de canal, le fue imposible reanudar la conexión de forma coherente.

—¿Qué podemos hacer? No hay forma de ver ni oír nada... —se alarmó la doctora Baumer.

—Pero hemos oído una voz a bordo. Hay alguien allí con vida, y me resulta imposible imaginar que sea uno de los tripulantes de esa nave, tras haber visto a los demás, convertidos en simples momias en sus asientos. Esa gente lleva siglos muerta ahí, sin duda. ¿Qué puede hacer un ser vivo dentro de ese vehículo, si no es para algo que pueda significar daño para nuestros amigos?

—Pero no podemos hacer nada, Carson —se quejó la doctora amargamente.

—Claro que podemos —afirmó con énfasis el segundo de Random—. Irwin va a quedarse al mando de esta nave con usted, doctora. Iré a ver lo que sucede allí.

No, señor —rechazó ella con energía. —Imposible. Recuerde las órdenes: usted no puede abandonar la nave que le encomendó el comandante. Seremos Irwin o yo quien vaya a ver lo que está ocurriendo en la *Ultra-Soyuz.*

—Puedo ir yo, y el señor Carson ocuparse de las comunicaciones... —sugirió Roy Irwin con vivacidad.

—No. Usted hace falta también —rechazó la doctora—. Es el experto en comunicaciones y en un momento dado puede ser vital

establecer contacto con ellos y la nave soviética. Está decidido. Señor Carson, déme su autorización expresa. Iré yo.

—¿Y si no se la doy, doctora? —preguntó el oficial.

—Creo que iría de todos modos —sonrió ella duramente—. Alguien tiene que hacerlo, y soy la menos necesaria a bordo, ahora.

—Como quiera, pero no asumo responsabilidades ante el comandante. Usted responderá de sus actos, doctora.

—Lo haré gustosa, si él vuelve a bordo sano y salvo. Gracias, señor Carson. No perderé tiempo.

Y corrió a ponerse las ropas espaciales, mientras Irwin seguía insistiendo en vano en conectar de nuevo imagen y sonido con la nave espacial rusa. La pantalla seguía surcada de interferencias, y por la banda de sonido sólo llegaban ásperos zumbidos y un rumor de voces confusas e imposibles de hacer coherentes ni un solo momento.

Allá, como suspendida por un hilo invisible del negro vacío ominoso, permanecía la vieja nave terrestre, con sus visitantes a bordo, con el enigma asombroso que suponía la presencia de once cadáveres a bordo... y de un ser humano con vida aún, después de diez siglos casi de olvido infinito, tal vez en otro Universo que ni siquiera era el que ellos conocían.

El oficial Carson, pálido y ensombrecido, no desviaba sus ojos de la pantalla, tratando de averiguar qué podía suceder a bordo. Pero el arrugado fuselaje de la nave, seguía allí, ante ellos, hermético y silencioso, ocultando celosamente el misterio de su interior.

* * *

—¿Por qué no normaliza las comunicaciones? Nuestros camaradas van a inquietarse, y tal vez cometan una imprudencia...

El hombre erguido ante los dos astronautas negó con la cabeza.

—No, aún no —rechazó con decisión—. Antes debemos hablar ustedes y yo.

—Hablar... ¿De qué? Ni siquiera sabemos quién es usted, qué hace aquí, qué sentido tiene todo esto.

—Por eso le dije que tenemos que hablar. Lo cierto es que ya no esperaba jamás a ser viviente alguno... y menos procedentes de mi propio mundo. Porque ustedes hablan inglés. Seguramente son americanos...

—Bueno, si usted es ruso, tendrá un concepto equivocado del mundo actual. Hace siglos que dejaron de existir su país y los Estados Unidos de América.

—No es posible...

—Vaya si lo es. No somos americanos exactamente. Somos ciudadanos del mundo. Allí, cuando lo abandonamos, todo se regía por un Orden Mundial. No había países. Sólo continentes. No había ideologías ni políticas. Sólo convivencia humana. Fue el resultado de varios siglos de guerras y enfrentamientos. Ni los suyos ni los que pudiéramos llamar «los nuestros» ganaron. Se llegó a una paz. No, nadie destruyó el planeta Tierra, como preveían los pesimistas. Se destruyó solo. Hubo algo que nos venció a todos: la ecología, la propia Tierra, cansada de existir. Un día, todo empezó a desmoronarse. Los mares se salían, las tierras se hundían, las ciudades se hacían añicos... Sequías terribles asolaron el planeta. Grandes diluvios y eras glaciales siguieron. Al fin, sólo hubo una posibilidad de sobrevivir: lanzarse al espacio. Se creó un programa mundial de evasión, pero no se alcanzó. El fin de la Tierra se precipitaba. Muchos murieron antes de iniciar su éxodo. Nosotros tuvimos fortuna. Veinticinco mil seres humanos partimos hacia nuevos mundos, en una supernave que sobrepasa en mucho la velocidad de la luz. Así llegamos aquí... Pero veo que no fue ninguna hazaña. Ustedes llegaron primero.

—Vaya, sí que ha cambiado todo en este tiempo... —musitó la voz—. ¿Cuánto..., cuánto tiempo ha transcurrido desde mi salida de la Tierra?

—¿En qué año la abandonó usted?

—Era..., era el año 2059.

—El dos mil cincuenta y nueve... —suspiró Random—. Estamos en el siglo XXX, décimo de la era Post-nuclear... Diez siglos nos separan de usted, de su nave, de esta gente muerta aquí...

—¡Diez siglos! Dios mío, me lo temía... —jadeó el desconocido —. Me lo temía..., pero quise pensar que no era cierto, que no podía ser cierto...

—Acabemos de aclarar las cosas. ¿Quién es usted, exactamente?

¿Yo? —alzó la cabeza, se puso rígido, casi militarmente—. Coronel Yakarov, de las fuerzas espaciales soviéticas... Comandante de vuelo de la nave *Ultra-Soyuz 250*. Llevé a mi bandera, a mi país,

a lo más alto. A un lugar que ni siquiera es de nuestro Universo…

—Me lo temía —suspiró Random tristemente, contemplando al único superviviente de la nave rusa—. Dios mío, qué extraña situación, qué increíble encuentro en tan insólito lugar…

El hombre llamado Yakarov le miró largamente, en silencio. Random y Mulhard cambiaron una mirada. Ambos bajaron sus armas, que habían empuñado al verse sorprendidos por la voz del desconocido habitante de la nave rota y a la deriva.

Ahora sabían que no necesitaban defenderse de nadie. Estaban ante un camarada de otro tiempo, ante un milagro del tiempo, un ser con diez siglos de vejez, si es que no se trataba de alguien rematadamente loco. Pero Random no creía eso. Aquel hombre de pelo largo, canoso, de luenga barba blanca, de rostro ajado y rugoso, de ojillos azules y estrechos, aún vivaces, de larga figura, de ropas plásticas averiadas por la acción del tiempo, era realmente como una reliquia viviente del pasado, como un imposible juego del destino a través de los siglos, un superviviente de unas civilizaciones que ya hacía centurias que no existían ni siquiera en la Tierra…

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Mulhard—. ¿Cómo puede neutralizar los canales de comunicación visual y sonora, coronel?

El ruso les miró tristemente, con amarga ironía. Meneó la cabeza de un lado a otro, con aire ausente.

—Eso importa poco —dijo—. Es un viejo truco que aún resulta. Tal vez ustedes no han progresado tanto como pensaron. La mente aún puede superar al hombre y a su técnica…

¿La mente? ¿Quiere decir que hace *mentalmente* usted esta interferencia? —dudó Random, sorprendido.

—Así es —rió el soviético con buen sentido del humor—. Paradójico, ¿no? Tanta sofisticación, tantos siglos de avance tecnológico y científico… y un simple cerebro humano es capaz de interferir una comunicación tan avanzada como la suya.

—Creo que será mejor que hablemos, coronel. Y que nos explique cómo fue posible todo esto… Que usted viva aún en medio de estos cuerpos momificados…

—Sí, creo que es lo mejor. No vean en mí a un enemigo. Somos todos humanos, venimos del mismo lugar. Además, creo que ignoran muchas cosas que yo he averiguado en este tiempo que

para mí transcurrió sin sentido de la medida,., y puede serles útil para intentar salir de algo que se parece mucho a una tela de araña donde están ahora prendidos sin remedio.

—En eso tiene toda la razón. Cuando sepa nuestra historia, posiblemente comprenda que sólo necesitamos ayuda, aunque quizá también podamos ofrecerle a usted la nuestra, coronel.

—Muy bien. Entonces, escuchen primero mi relato… y juzguen por sí mismos.

Y el anciano ocupante de la vieja nave soviética, el hombre que tal vez tenía diez siglos de edad, comenzó a hablar con tono apacible, sin prisas:

—Nuestro vuelo espacial de entonces fue perfecto en todo momento, hasta que algo sucedió a bordo, y comprendimos que, por un fenómeno inexplicable para nosotros, nuestra ruta prevista se había alterado, y no sólo estábamos ya fuera del Sistema Solar, sino que habíamos sido proyectados por alguna misteriosa fuerza cósmica hacia regiones estelares remotas y desconocidas, en un salto que nos iba a resultar poco menos que imposible volver a dar hacia atrás, en un regreso a la Tierra o, cuando menos, a regiones espaciales conocidas.

»Eso significaba no volver nunca más, y aunque intentamos por todos los medios salir de aquella ruta, nos fue de todo punto inalcanzable. De modo que todo continuó igual… hasta que nos hallamos ante la Espiral.

—La Espiral… —repitió con un suspiro Random—. Sabemos lo que es. Es como si hubiéramos penetrado a través de ella…

Han penetrado, sí —corroboró el astronauta soviético con triste sonrisa—. Nadie puede evitarlo. Su fuerza de absorción es terrible. Cuando creímos que el choque con la masa luminosa era inevitable, comprendimos que habíamos pasado a través de ella, para encontrarnos en otro Universo, más allá del conocido por el hombre a través de los siglos, de sus radiotelescopios y de sus sondas espaciales más o menos sofisticadas. Aquí rigen otras leyes cósmicas, hay otros mundos y otras estrellas. Y, desgraciadamente para todos… *hay otro Dios*.

—Imposible —rechazó vivamente Mulhard—. Sólo existe un Dios para la Creación, sea este u otro el Universo donde uno se encuentre.

—Olvide esas teorías, amigo mío —aconsejó Yakarov—. Para mí, entonces, no existía ningún Dios, porque mi ideología rechazaba esas cosas. Ahora sé que existe, cuando menos, un dios. Y no es precisamente justo, amable ni tolerante. Es una fuerza todopoderosa, que controla y rige las leyes de este Universo desconocido para nosotros. Por eso aquí, el Tiempo no es nada, no existe el paso de años, siglos o simples segundos. Todo sucede al mismo momento, pasado, presente o futuro, y el dios que nos domina es amo y señor de vidas y de voluntades de una forma total, absoluta e inflexible.

—No está hablando de un dios, sino de un tirano —replicó Random, seco.

—Zolam es un tirano.

—¿Quién es Zolam?

—Nada y todo a la vez. Es materia y es vacío, es inteligente y es crueldad, es poder creador y es destrucción. Zolam es el dios de este Universo.

—¿Le ha visto alguna vez?

—A Dios nunca se le ve —suspiró el ruso—. Es sólo un concepto, una abstracción, una idea y una fuerza.

—Zolam parece ser algo más que eso. O mucho menos —señaló Random, pensativo.

—Quizá. Yo jamás pude verle. Pero todos pueden ver su único Ojo.

—¿Su... Ojo? —repitió ahora el comandante—. ¿A qué se refiere, Yakarov?

A eso, amigo mío, a eso —dijo pacientemente el anciano ocupante vivo del *Ultra-Soyuz* del pasado.

Y señaló al exterior, a través de la pequeña abertura de la cabina, todavía protegida por el material plástico indestructible que llevara originalmente.

Los dos astronautas se asomaron, tratando de ver algo desde allí. Sólo les fue posible percibir un lejano parpadeo de color rojizo, allá en la distancia, semejante a la Estrella Polar terrestre pero con la pigmentación con que podía ser visto Marte desde la Tierra en una noche limpia y clara. Parecía muy distante y nada grande ni especial.

—Es sólo una estrella, diría yo —comentó Mulhard, escéptico.

—¿Una estrella? Quizá —el ruso se encogió de hombros—. Pero yo he visto a esa estrella, amigos míos, crecer y crecer hasta inundar de luz todo este maldito Universo frío y deshumanizado donde ahora floto por una eternidad, aunque quizá sólo hayan transcurrido para mí unos pocos años desde que mis compañeros murieron. Y he visto brotar de esa estrella una fuerza capaz de matar, de aniquilar, de destruir.

—Aún no nos ha contado qué le sucedió a esta nave, qué a sus compañeros...

—No hay mucho que contar sobre eso. Pueden imaginarlo fácilmente. Fue ese Ojo al que tan poca importancia le dan. Recibimos la visita de una nave muy especial. La tripulaba un ser demoníaco, mitad humanoide, mitad metálico, un androide horrible y estremecedor. Supe más tarde que era Lurkant, el más fiel vasallo del dios del Universo. Y que su poder era inmenso. Sus soldados son los únicos humanoides de estas regiones, los umokbos, unas criaturas débiles y ciegas, que en el pasado fueron fuertes y gozaron de la vista, hasta que su dios les cegó como castigo por dejar de creer en él. Son frágiles, pequeños y temerosos, han desarrollado un instinto que suple a su visión perdida, y obedecen cuanto les dicta Lurkant, en nombre de su divinidad.

«Lurkant penetró en esta nave sin necesidad de abrir siquiera sus escotillas. Posee el don de trasladarse adonde desea sólo con su voluntad, atravesando los más sólidos muros. Nos ofreció una vida eterna si servíamos fielmente a su dios y le donábamos nuestras almas.

—¿En qué consiste eso? —indagó Random.

—Nunca lo supe. Todos nos negamos. El se enfureció y dijo que vagaríamos eternamente en este espacio que no era el nuestro, ya que habíamos osado rechazar a su dios. Desapareció y, ciertamente, así seguimos durante un tiempo que jamás pude calcular, pero durante el cual, un asteroide desgarró nuestro fuselaje, el vacío fue penetrando en la nave, se agotaron las provisiones, y mis compañeros fueron muriendo de viejos paulatinamente... hasta quedarme yo solo.

—Pero usted no ha muerto. ¿Por qué, Yakarov? —quiso saber el comandante.

—Nunca tuve la respuesta. Lo ignoro por completo. Pero he

llegado a enloquecer aquí dentro de soledad y de desesperación. Entonces le grité a ese maldito Ojo, le desafié a que acabara con mi vida, a que dejara de hacerme sufrir. ¿Y sabe cuál fue la respuesta de esa tiránica deidad? Que seguiría con vida por siglos y siglos por haber sido quien convenció a todos para que rechazaran a ese dios y a su emisario, Lurkant, hasta que otros hombres como yo aparecieran aquí, y tuvieran ocasión de salvarme con su propia entrega incondicional al Señor, el Universo.

¿Cómo sabe que *él* dijo eso? —dudó Mulhard.

—Su voz me llegó del espacio, clara y precisa, mientras esa estrella crecía y parpadeaba intensamente, llenando de roja luz esta cámara. Supe que era una fuerza muy poderosa y terrible la que se dirigía a mí condenándome a tan largo y terrible suplicio. Pero veo que no mintió. Llegaron otros humanos: ustedes.

—Y podemos salvarle de su condena eterna, entregándonos a ese dios —apuntó sordamente Random—. ¿Es eso lo que espera usted de nosotros, Yakarov?

—Sería una solución para mi larga y penosa vida en soledad —admitió el ruso con tono cansado—. Estoy harto de vivir aquí como un espectro, rodeado de mis compañeros, mientras el aire respirable llega de no sé dónde... o tal vez ni siquiera necesite ya aire para respirar, quién sabe.

Usted tiene razón —afirmó gravemente Mulhard, consultando su indicador de atmósfera externa—. Aquí dentro no hay aire respirable, *no hay* oxígeno... y hace una temperatura de menos de treinta grados bajo cero, Yakarov...

—¿Lo ve? —sonrió amargamente el ruso—. Soy una especie de híbrido, una criatura que ya no pertenece siquiera a su mundo, amigo mío. Si al menos pudieran ustedes escapar, huir a la fuerza de ese dios que les ha aprisionado en el hiperuniverso que nadie conoce...

—Escapar... —suspiró Random—. No parece tarea fácil, Yakarov.

—No, no lo es. A estas horas, Lurkant debe saber ya de su presencia aquí. No tardará en ofrecerles lo mismo que a nosotros. Acepten y no sean locos. Tal vez es el único camino posible de salvación de este cosmos demencial.

—Todo lo que sea entregar el alma, me suena a diabólico —

rechazó Random con acritud—. No me gusta la idea de ser esclavo de ninguna divinidad, y menos aún si ésta es cruel y despiadada a tales extremos.

—Si se rebelan, como hicimos nosotros, su destino final será el mismo…

En ese instante, el soviético se interrumpió, mirando hacia la abertura de la cabina, por donde entraba en esos momentos la doctora Baumer, con su indumentaria espacial de color amarillo brillante. Random la miró, sorprendido.

—Acudí aquí ante la falta de comunicación —dijo. Luego, al ver a Yakarov, se mostró perpleja, y preguntó—: ¿Quién es ese hombre?

Random se lo explicó brevemente. También ellos refirieron al ruso su propia historia, y él meneó la cabeza, afirmativo.

—Pueden suponer qué fuerza fue la que hizo nacer prematuramente a ese niño, le inoculó su fuerza y le convirtió en un monstruo —dijo—. Como pueden imaginar asimismo quién convirtió en estatuas de vidrio a sus gentes.

—¿Zolam? —musitó Random, contemplando la lejana estrella roja.

—Así es. Zolam, el dios de este Universo.

—¿Y ese planeta doble? —quiso saber Mulhard—. ¿Qué significa?

—Es Xal, el planeta repetido. Dos mundos idénticos entre sí. Los únicos habitables en este Universo. Allí moran los Umokbos.

—Comprendo. ¿Y dónde mora Lurkant, el androide?

—Arriba, en el Ojo de Dios —dijo sordamente el solitario astronauta.

—Comprendo —murmuró Random—. El es quien sirve directamente a su dios, y transmite su poder a voluntad sobre las personas a quienes ese dios señala.

—Algo parecido, sí. Cuando le vean, comprenderán por qué resulta tan temible. Y eso que sólo es un siervo leal de su divinidad. Imaginarán entonces cuál es el verdadero poder infinito de ese dios aterrador.

—La verdad, me gustaría conocer ya a ese terrorífico Lurkant —sonrió Waldo Random con dureza.

Fue como una invocación.

De pronto, la nave rusa se invadió de luz roja, de resplandores

casi infernales. A través de la escotilla cristalina pudieron ver en la distancia cómo crecía y crecía la roja estrella, hasta formar una masa ígnea de luz en medio del negro hiperuniverso, y esa luz suya penetraba en la nave antigua cegadoramente.

Una voz extraña, profunda, de resonancias metálicas, habló a los astronautas con lenguaje comprensible y claro:

—Yo soy Lurkant. Me habéis llamado, y aquí estoy, por expresa voluntad de mi Dios y Señor, el grande y todopoderoso Zolam.

Y en medio de la luz, como un resplandor más, brilló algo oscuro, metálico, grande y frío, en medio de la cámara convertida en cripta de los once astronautas rusos, materializándose una forma gigantesca y amenazadora.

—¡Lurkant! —gritó aterrorizado Yakarov—. ¡Es él!

Todos contemplaron, sobrecogidos, al extraño visitante llegado de la nada, a través de los sólidos muros, y envuelto en luz roja.

7

—Sí, Yakarov. Soy Lurkant. Volvemos a vernos, después de tanto tiempo...

—Maldito seas tú y tu dios —masculló el ruso—. Os odio, os detesto a ambos.

—Eso ya no importa. Vas a morir. No me preocupa lo que sientas —dijo la voz metálica, mientras la figura pavorosa, oscura y metálica, se movía hacia ellos en medio de aquel infernal resplandor que parecía venir del mismo Averno. Luego, unos ojos luminosos, un par de globos resplandecientes, se fijaron en Random, que era abrazado de forma instintiva por la doctora Baumer, mientras Mulhard empuñaba su pistola de láser para encañonar, temoroso, al recién llegado.

Este emitió una hueca risa de resonancias aceradas, y se limitó a fijar su mirada en la pistola. Para sorpresa de Mulhard, el arma se evaporó convertida en humo. Quedó inerme ante el coloso servidor del Dios Zolam.

Realmente, Lurkant era sobrecogedor. Como dijera Yakarov, no era totalmente humano, pero tampoco se trataba de un vulgar robot. Su cráneo era metálico, lo mismo que su torso, pero brazos y

piernas, manos y pies, e incluso el cuello mismo, eran de carne y hueso, totalmente humanos. Su rostro era como una máscara tallada en negro acero, cuya barbilla metálica terminaba justo al lado del cuello humano. En las facciones humanas e inexpresivas cinceladas en metal, destacaba su boca, una simple grieta que no se movía con sus sonidos, y sobre todo sus ojos, totalmente inhumanos, dos simples globos de luz fosforescente, que alteraba su luminosidad según sus reacciones. El cráneo de metal negro era oval y brillante. No llevaba armas, y sus manazas enormes aparecían enguantadas en delgado metal laminado de color también negro, igual que el calzado de sus pies. Brazos y piernas estaban enfundados en una malla fina de acero gris.

—Vuestras armas no sirven aquí de nada —advirtió—. Estáis a merced de mi Dios y de mí. Total y absolutamente. Aquí no hay más poder que el nuestro.

—¿Y para qué os sirve ese poder? —replicó Mulhard—. No lograsteis siquiera doblegar a estos bravos astronautas hace siglos.

—Aquí no existen los siglos. El Tiempo no existe en este Universo. Y ellos no vencieron a mi Dios. Simplemente, se negaron a ser sus fieles siervos. Y fueron condenados a morir lentamente, en soledad. Ahora, vosotros debéis elegir vuestro propio destino.

—Hay mucho más que eso, Lurkant —replicó duramente Random—. Están miles y miles de seres vivientes convertidos en estatuas cristalinas. Y un monstruo que gobierna nuestra nave...

—Fue voluntad de Zolam. Pedidle a él que les devuelva a todos a la normalidad, y así se hará si prometéis eterna fidelidad a vuestro nuevo Dios. Ya veis qué sencillo es todo.

—¿Y quedarnos para siempre aquí, sometidos a la tiranía de tu dios? No, gracias, Lurkant —rechazó Mulhard—. No me seduce la idea.

—Zolam podría obligaros con su sola voluntad. Pero no desea siervos leales a viva fuerza, sino por propio deseo, por voluntad de ellos mismos. Elegid.

—¿Es la misma elección que ofreciste a los compañeros de Yakarov?

—La misma, sí.

—A ellos les pediste... su alma —murmuró Random, con mirada fija en el androide metálico.

—Es cierto. A vosotros también. Es condición inexcusable para servir a mi Dios.

—¿Qué significa exactamente «entregar el alma» a tu dios Zolam? —puntualizó la doctora Baumer—. ¿En qué consiste ello?

—Eso, sólo mi Dios lo sabe. Y él no responde preguntas —dijo Lurkant con fría arrogancia, destellando sus ojos intensamente.

—Entonces, no aceptamos —rechazó Random con energía—. Nuestros son cuerpos y almas que otro Dios muy distinto al tuyo nos donó al nacer. Y sólo a Él pertenecerán hasta morir, estemos donde estemos.

—Eso es rebeldía. Se paga caro, Yakarov os lo habrá explicado.

—No nos importa morir lentamente en este horrible cosmos vuestro. No lograrás asustarnos, Lurkant.

—¿No? —los globos oculares del androide tuvieron un brillo extraño, como un destello profundo y maligno—. Bien. Veremos, entonces, si os asusta algo peor que la suerte que destinamos a Yakarov y los suyos. Despedios de él. Debe cumplir su condena y morir lentamente aquí, en soledad. En cuanto a vosotros... venid conmigo ahora.

Random no supo lo que iba a suceder. Y cuando se dio cuenta de ello, era demasiado tarde incluso para despedirse del anciano astronauta ruso. Lurkant alzó sus manos, de sus dedos parecieron brotar destellos radiantes... y todo se borró para los tres astronautas. Sus mentes y sus cuerpos flotaron en una luminosa inconsciencia, como si viajasen a través de una dimensión ignorada, hacia algún remoto punto al que nadie antes había llegado.

Y así pareció ser.

Cuando recobraron la conciencia total, sin haber llegado a perderla del todo, se encontraban en un lugar fantástico y sorprendente, en una campiña radiante, hecha de tonalidades desconocidas para ellos, bajo un cielo irisado, entre vegetación de color dorado y brumas opalescentes que envolvían en derredor de ellos todo el lugar, diluyendo sus contornos y evitando la visión de cualquier horizonte, cercano o remoto.

—Cielos, ¿dónde estamos? —susurró Mulhard, aturdido, mirando en derredor.

—No sé, pero imagino que en algún mundo de este Universo —dijo Random—. Estamos pisando suelo firme.

—Es un lugar asombroso —musitó la doctora—. Como un paraíso de bellos y fantásticos colores como jamás vi en mi vida…

—Sin embargo, andando por medio Lurkant y su terrible dios, dudo mucho que sea realmente un paraíso —hizo notar Random con voz seca.

De entre las brumas, surgió ahora Lurkant, más gigantesco y poderoso que nunca, alto como dos seres humanos superpuestos, ancho y vigoroso como un titán. Tras él venía una extraña cohorte de hombrecillos delgados, frágiles, de piel translúcida, grandes orejas puntiagudas, cráneos rapados y ojos incoloros, empuñando viejas armas arcaicas, tales como lanzas de una caña de color rosado. Iban desnudos y tenían la piel lechosa y los miembros delgados y deformes. Random imaginó que se trataba de los umokbos, los humanoides ciegos, sometidos al poder del dios Zolam y su gigantesco valido, Lurkant.

—Os he conducido al planeta doble, Xal, nuestro único mundo habitable —dijo Lurkant con su metálica voz profunda—. Estos son sus habitantes, mis leales siervos los umokbos. Son ciegos y débiles físicamente, pero astutos y fieros como pocos. No ven, pero pueden detectar a cualquiera sólo mediante su olfato y su instinto.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Random, enérgico.

—¿Amenaza? No —rió el androide—. No necesito amenazar a nadie. Soy demasiado poderoso por mí mismo para eso. Los umokbos no me son necesarios para enfrentarme a seres como vosotros.

—¿Qué pretendes, entonces, trayéndonos aquí?

—Sólo haceros ver que no tenéis elección posible. En este mundo os quedaréis durante una eternidad, perdidos en sus brumas, perseguidos y acosados por mis umokbos noche y día, como alimañas. En cambio, si aceptáis servir a mi Dios, os trasladaré a un lugar mejor, donde gozaréis de todos los bienes imaginables.

—Suena a oferta tentadora del diablo —gruñó Mulhard.

—Aquí no existe diablo alguno —replicó Lurkant—. Sólo un Dios tan poderoso que no permite que el Bien y el Mal estén sino en él mismo. De vosotros depende conocer ese Bien y disfrutar de él… o sufrir eternamente con el Mal que elijáis.

—Tengo una duda, y desearía salir de ella —apuntó la doctora Baumer, más calmada y sosegada ya.

—Adelante. ¿Cuál es, mujer? —demandó Lurkant fijando en ella sus ojos luminosos y fríos.

—Si tan poderoso es tu dios, ¿por qué reclama que entreguemos voluntariamente nuestras almas y no las toma él directamente, sin más? ¿Por qué y para qué desea un puñado de almas humanas, algo tan intangible que ni siquiera nosotros mismos sabemos lo que es con exactitud?

Los dos focos de luz que eran las pupilas del androide reflejaron una hermética decisión. Sus manos se cerraron fuertemente, y se puso rígido su tremendo corpachón de negro acero.

—No hay respuesta —dijo—. Son arcanos de nuestro Dios. Sólo él puede responder. Y no tiene por qué hacerlo nunca ante nadie, porque es el más poderoso.

—Eso resulta muy ambiguo —apuntó la doctora con ironía.

—No es asunto mío lo que penséis, humanos. Tenéis que elegir, es todo.

—Necesitaremos tiempo para pensar —argumentó Random.

—¿Tiempo? Ya te dije que aquí no existe.

—Para nosotros, sí. Danos un plazo breve. Debemos pensar, cambiar impresiones. Y necesitaríamos tener aquí a nuestros compañeros Irwin y Carson…, pero sin perder nuestra nave Icaro-3.

—Los otros no pidieron plazo alguno. Se negaron desde un principio.

—Nosotros no nos negamos… todavía. Tal vez aceptemos tu oferta, Lurkant. Pero danos ese corto período de tiempo que te pedimos.

—Concedido —dijo el androide—. Tendréis aquí a vuestros amigos. No temáis por la nave. Permanecerá inmóvil donde está. Pero olvidadla. No la utilizaréis nunca más.

Hizo un ademán con su brazo derecho. En medio de una burbuja de luz, llegaron hasta ellos Roy Irwin y Rand Carson. Se quedaron ante ellos, mirándoles con asombro.

—¡Señor! —jadeó el primer oficial—. ¿Qué significa eso?

—Calma —sonrió Random—. Os lo contaré ahora. Nada temáis por el momento. Lurkant, el ser que tenéis ante vosotros, nos ha hecho una oferta. Debemos discutirla y darle una respuesta en breve. Eso es todo, amigos.

—Os dejo —habló Lurkant con su gangosa y profunda voz de

metal—. Volveré. Y necesitaré una respuesta. En vuestras manos está elegir lo mejor… o lo peor.

Desapareció en las brumas con su escolta de umokbos. Todos les siguieron con la mirada. La doctora Baumer se dispuso a hablar. Rápido, Random le dirigió una mirada vivaz y profunda. Ella creyó entender en esa mirada algo: «No, no hable. No diga nada.» Y permaneció callada.

Transcurrieron unos instantes. Estaban solos en el misterioso planeta Xal, rodeados de neblinas color de ópalo. El silencio allí era denso, sobrecogedor.

Random explicó a sus amigos en breves palabras lo sucedido. Irwin y Carson, dominando su sorpresa, asintieron. Luego, volvió a reinar el silencio en el extraño y fantástico paraje de Xal, el planeta doble.

—¿Y ahora… qué? —quiso saber Irwin.

Random les miró fijamente. Su gesto era grave, preocupado.

—No sé —dijo—. Debemos tomar una decisión. He visto a ese hombre, el ruso superviviente. Es un ser fuera ya de su mundo, de su propia identidad humana, aunque conserva la conciencia y la razón. Respira aire sin oxígeno, soporta temperaturas glaciales sin inmutarse. Creo que ya está por encima de la vida y de la muerte mismas, sometido a esa tortura de siglos.

—No parece existir alternativa entonces, señor —objetó Carson —. Pero me gustaría saber en qué consiste eso de «entregar el alma a Zolam».

—A todos nos gustaría —afirmó la doctora Baumer—. No me gusta la idea nada en absoluto.

—Ni a mí —corroboró Random—. Pero algo es obvio, ahora que no nos escucha ese horrible Lurkant: nos necesitan. Imperativamente, diría yo.

—¿Quiere decir que necesitan nuestras almas? —trato de aclarar Mulhard.

—Sí. Yakarov no les preocupa ya. Que viva o muera, le es indiferente a Lurkant y a su oscuro dios. Pero nosotros, sí les importamos, y mucho. No sé para qué querrán nuestras almas, ni sé siquiera cómo podemos entregarlas, por siempre he pensado que eso de vender el alma al diablo era pura superchería y pretexto literario de viejas leyendas, y que ellos lo conocen.

—Entonces, ¿por qué hemos de aceptar o no? —demandó Irwin, pensativo.

—Ahí está la clave, el quid de la cuestión, señor Irwin —se volvió vivamente Random hacia él—. ¿Por qué no nos las quitan contra nuestra voluntad? Sencillamente porque no pueden. Ni siquiera Lurkant, que es capaz de viajar por el espacio y atravesar toda clase de obstáculos sólidos. Ni su misterioso dios, que controla todo este nuevo Universo que desconocemos. Es decir, necesitan de nuestro asentimiento, de nuestra voluntad de entregarles el alma.

—Me pregunto por qué... —musitó Carson, preocupado.

—Nosotros también. Pero ese hecho debe ser cierto, o no parlamentaría tanto con nosotros ni nos concedería un plazo para resolver.

—Sin embargo, ahí está lo malo: debemos resolver. Y no me gusta la idea de entregar mi alma a nadie, aunque jamás haya sido religioso.

Era Mulhard quien hablaba. Random sonrió, afirmando con la cabeza.

—Yo tampoco lo soy, pero pienso igual que ustedes, señor Mulhard —confesó—. Algo me dice que esta gente utiliza almas humanas para fines inconfesables y atroces.

Y que están muy necesitados ahora de algunas de esas almas... hasta el punto de que nos concederían, incluso, el retorno a la normalidad de toda la gente de la nave Galaxia-Alfa. Y todo eso, a cambio de nuestra alma, muchachos.

—Es muy raro —convino Irwin—. Hay algo que no está nada claro. Si son tan poderosos, no deberían necesitar de nuestra aceptación.

—Exacto. Por tanto, ésa es la única posibilidad que nos queda de intentar algo desesperado.

—¿Desesperado? Es lo que resultaría cualquier intento frente a ellos, señor —apunto Mulhard—. Recuerde lo que dijo Yakarov: son todopoderosos, controlan absolutamente todo en este Universo.

—Todo... menos a nosotros. Nos tratan más como invitados que como prisioneros, y eso es significativo. Pero no debemos hablarlo ante Lurkant. Cuando venga, le diremos que aceptamos en principio el trato. Con una sola condición: llegar previamente hasta la presencia misma de su dios Zolam.

—¿Existen los dioses, comandante? —indagó Carson—. Es decir, ¿tienen forma física, apariencia material alguna?

—No lo sé. Pero vamos a saberlo cuando nos responda Lurkant.

—¿Y una vez ante él? —demandó Irwin—. Ya no tendremos alternativa...

—Tampoco la tenemos ahora. Se me ha ocurrido algo. Pero no quiero hablar de ello, porque podría suceder que, realmente, ese dios y su leal vasallo Lurkant pudiesen oír absolutamente todo lo que se habla en su Universo. Confiemos, al menos, en que no capten el pensamiento humano.

—¿De verdad tiene alguna idea concreta? —se extrañó la doctora Baumer.

Sí. Puede que sea una locura, pero es la única salida posible. Sólo habrá que pedir, llegado el momento, que Dios nos ayude. Pero que sea *nuestro* Dios, no esa especie de deidad monstruosa que adora el androide Lurkant y temen los ciegos umokbos.

Y se encerró en un extraño mutismo, del que no salió hasta que, en determinado momento, apareció en escena, nuevamente como materializado de la nada, el sólido y titánico físico del androide de metal y carne humana.

—¿Elegisteis ya vuestro destino? —fue su pregunta inicial, parándose majestuoso ante ellos.

Random se incorporó y afirmó lentamente.

—Sí, Lurkant —dijo—. Hemos decidido.

—¿Y bien...?

—Aceptaremos entregar nuestras almas. Pero sólo con una condición.

Los fosforescentes ojos del androide se clavaron en él, malignos y glaciales.

—¿Cuál? —preguntó, desconfiado, chirriante su voz.

—Ver a tu dios Zolam antes. Y entregarle nuestras almas personalmente. Si no, no hay trato.

—Extraña condición impones —la desconfianza seguía asomando en el chisporroteo luminoso de sus ojos de androide—. ¿Por qué?

—Es voluntad de todos. Curiosidad, tal vez. O falta de fe en ese dios que tanto elogias. Insistimos en verle. O elegiremos la peor suerte.

Lurkant parecía confuso por primera vez. Acaso su cerebro enigmático no acababa de entender bien los pensamientos del terrestre. Pero algo se confirmó en ese instante. Sus almas eran una necesidad urgente para alguien. Porque Lurkant se decidió tras un largo silencio.

—Concedido —dijo—. Vendréis conmigo al mismo Ojo de Dios. Veréis la grandeza de quien ha de ser vuestro amo y señor en lo sucesivo. Y entonces tendréis fe en él y en su poder omnímodo.

—Estamos esperando ese momento, Lurkant —afirmó Random, solemne.

—Venid conmigo los cinco. Os llevaré hasta él.

—Recuerda que debemos pedir por nuestra gente de la nave.

—Zolam es generoso con quien le sirve bien. Sed leales a él, y os lo concederá todo, os lo aseguro. Ahora, vamos.

Alzó los brazos como en una invocación. Sus vasallos, los fieles y asustadizos umokbos, retrocedieron cuando se produjo un estruendo formidable, y una luz cegadora atravesó las brumas y el cielo irisado, cayendo sobre los cinco terrestres como un raudal luminoso que los envolvía.

Cuando la luz se extinguió, también ellos se habían extinguido, junto con Lurkant, y los umokbos corrían asustados por el paraje brumoso, alejándose del lugar.

8

Estaban en el Ojo de Dios.

El ojo estelar del dios Zolam, amo y señor de aquel hiperuniverso ignoto. Un mundo de fuego y de terror, sin duda alguna.

El suelo hervía por doquier, con burbujas de fango caliente, y abrasadoras llamas se desprendían de charcas malolientes, en un paraje planetario de pesadilla. Todo el cielo de aquel astro, totalmente rojo violento, era como una masa incandescente envolviendo el cuerpo celeste, pero en realidad se trataba sólo de densas nubes que reflejaban los resplandores infernales de su suelo.

En medio de aquel horrible mundo de fuego, hervor y temperatura ardiente, se alzaba, sin embargo, una especie de

pirámide natural, un picacho cortado a pico, en forma piramidal, negro y lustroso, con una interminable escalera tallada en la misma negra piedra basáltica. Arriba, en su cumbre, un enorme óvalo de luz roja brillaba como una inmensa gemma reflejando toda la claridad del planeta. Aquél, sin duda alguna, era el propio Ojo de Dios, el centro supremo y omnímodo poder de Zolam.

Se encontraron los cinco astronautas subiendo la interminable escalera, pequeños como pigmeos, en compañía del colosal Lurkant, que habría camino ante ellos.

Ascendían hacia la cumbre, hacia el faro de luz escarlata, hacia el ingente rubí de fuego que parecía ser la pupila de aquella misteriosa y siniestra divinidad.

La doctora Baumer miraba a su alrededor, fascinada, contemplando aquel mundo convulso, obsesivo, alucinante, hecho de fuego, barro hirviente y oscuridad sólo rota por el fuego interno que se filtraba por las rendijas del suelo.

—Parece un mundo volcánico —señaló—. Un enorme cráter a punto de erupción devastadora...

—Creo que lo es —asintió Carson, que había estudiado geología —. O mucho me equivoco, o este planeta, llamado el Ojo de Dios, está a punto de hacerse pedazos y volar por el infinito en millones de fragmentos.

—Pero, ¿y su dios? —objetó Irwin—. ¿Estaría aquí, si esto peligrase?

Carson se encogió de hombros, dando a entender que no comprendía del todo la situación. Random, a la cabeza del reducido grupo, se mantuvo en silencio, su mirada fija en aquel fabuloso foco de luz roja que, en la cumbre de la pirámide rocosa, era como un faro universal que señalase el centro mismo de todos los universos imaginables.

—Ahora, preparaos para adorarle —anunció Lurkant con voz potente—. Vais a estar al fin ante nuestro Dios. Vas a ver cara a cara su Ojo de poder y de grandeza, formando parte del rostro mismo de Zolam.

Estaban llegando a los últimos escalones. Lurkant se situó a un lado de la luz radiante, tras una ceremoniosa inclinación ante su deidad. Los cinco terrestres alcanzaron la plataforma circular que formaba la cumbre de la pirámide, y en cuyo centro se alzaba el

enorme óvalo de luz carmesí. Daba la impresión, realmente, al verlo de cerca, que era un gigantesco ojo, la pupila de un cíclope, clavándose en ellos de forma penetrante. Algo, una energía extraña y poderosa, emergía de aquella luz. La materia del ojo era, al parecer, cristalina, translúcida.

Contemplaron los cinco la enorme pupila fija en ellos y, a la vez, en todo aquel Universo que les era desconocido. Random se situó junto a Lurkant, sin dejar de mirar al ojo escarlata.

—Y ahora..., ¿cómo tenemos que entregar nuestras almas a ese ídolo? —demandó.

—¡No es un ídolo! —rugió el androide—. ¡Es el propio Zolam! ¡Es su Ojo único, luz del Universo y fuerza de la Creación! ¡Inclináos ante él, obedientes, y rendirle tributo! Luego, él se apoderará de vuestras almas...

Random miró abajo, a las hirvientes masas de fango en el fondo, a las llamas que surgían de aquel suelo volcánico y crispado. Comenzó a arrodillarse, haciendo un gesto a sus compañeros para que hicieran lo mismo.

Entonces, súbitamente, fingió caer. Perdió el equilibrio, rodó de costado... y arrastró consigo al androide Lurkant, que perdió el equilibrio, dada su corpulencia y peso.

La plataforma era demasiado angosta para eso. Ambos cayeron por el borde, hacia el espantoso abismo de fuego y lava hirviente. La doctora chilló, aterrada, al ver desaparecer a Random y a Lurkant en el vacío, desplomándose hacia la muerte cierta que aguardaba en el fondo.

Pero unas manos se aferraron al borde liso de negra piedra. Un cuerpo colgó en el terrorífico vacío, mientras otro, pesado, grande, se desplomaba hasta el fondo, con un largo alarido metálico... y se hundía en un chapoteo sordo de fango hirviente, del que subieron burbujas, fuego y humo, antes de desaparecer por completo el androide a la vista del apurado Random que colgaba del vacío.

—¡Pronto, ayudadle! —gritó Carson, lívido, precipitándose hacia su jefe—. ¡Va a caer también, si no lo impedimos !

Y trataron de impedirlo, ciertamente, con todas sus fuerzas. Varias manos se alargaron, tomando a Random con fuerza, aupándole, de regreso a la plataforma negra, a la vida.

—Ahora, ese dios nos hará víctima de su ira —jadeó Irwin—. Ha

acabado usted con su más fiel vasallo, el androide Lurkant, señor…

Random, jadeante, sudoroso aún, miró hacia el ojo escarlata. Sonrió, negando con la cabeza.

—No, amigos míos —dijo serenamente—. Es como yo me figuraba. El dios Zolam no va a hacernos nada… porque ese dios no existe.

—¿Qué? —jadeó Carson.

—Miren esa piedra luminosa. Su fuego se apaga, su luz se extingue lentamente…

—¿Qué significa eso? —preguntó la doctora Baumer.

—Significa que el poder, la fuerza, esa energía misteriosa que no podíamos combatir… estaba en Lurkant, no en su falso dios. El creó un supuesto ídolo para esconder su propio poderío. Tal vez nunca sepamos qué clase de ser era Lurkant, pero reunía en sí fuerzas maléficas terribles, y ésas han desaparecido con él, en ese abismo.

—¡Mirad, hay algo detrás de ese ojo siniestro! —clamó Mulhard en ese momento.

Se volvieron todos. En efecto, al extinguirse la cegadora luz roja lentamente, como un fanal que se extingue, falto de combustible, fueron visibles dentro de la enorme forma oval de materia vidriosa unas figuras sorprendentes.

Eran embriones humanos, cuerpecillos totalmente humanoides, conservados en una especie de cápsulas o burbujas de materia transparente, y unidos a tubos. Podían tener días, meses o años. Eran cuerpos rugosos, ajados, aunque pequeños. Y junto a ellos, un cuerpo de mujer anciana, rugosa, parecía a punto de perecer. Respiraban dificultosamente a través de aquellos tubos, y su vida parecía extinguirse a medida que se apagaba la luz roja del falso ojo divino.

—Dios mío, creo que sé lo que está ocurriendo… y para qué quería ese androide nuestras almas… —jadeó la doctora Baumer, muy pálida, aferrándose a su jefe.

—¿Qué está pensando, doctora? —indagó Random.

—Esas criaturas… eran hijos de Lurkant. Y esa mujer… su pareja. Tal vez algún día, en el pasado, Lurkant fue un ser humano que se hizo androide al ser unido su cuerpo a partes metálicas, provistas de alguna energía desconocida. Tuvo hijos con una mujer normal, pero de eso debe de hacer años, tal vez siglos. Y aunque aquí no exista el

tiempo… envejecieron y se extinguen, faltos de algo.

—¿De qué, doctora? —preguntó Carson con un hilo de voz.

No sé… Creo que es… demasiado horrible para imaginarlo —susurró ella, estremecida, mirando a sus compañeros—. Pero creo que esas criaturas de ahí dentro, y la propia mujer… están faltos de algo, llamado… *alma*. Por eso era tan importante para él obtener algunas de nuestras almas, las que fuesen, para dotar de vida real a esos seres.

—Dios mío… —Irwin movió la cabeza, horrorizado—. Seres sin alma… hijos de un ser mitad humano, mitad robot… ¿Qué clase de Universo es éste?

—Lo ignoraremos siempre, sin duda —sentenció Random—. Pero ahora necesitaríamos esa fuerza que murió con Lurkant para huir de este planeta en plena erupción, a punto de estallar… y poder llegar, sanos y salvos, a nuestra propia nave, de regreso al otro Universo, al nuestro, donde todas las criaturas inteligentes nacen con alma… porque nacen de un verdadero Creador, no de un ídolo falso.

—¿Cómo podremos hacerlo, perdidos aquí, en este mundo de pesadilla, lejos de todo y de todos? —dudó Mulhard.

—Tal vez del mismo modo que yo planeé este desesperado intento de acabar con Lurkant, a quien imaginé dueño de la energía que dominaba estos mundos: pidiendo ayuda a nuestro propio Dios.

—Me temo que estemos demasiado lejos de El en este Universo…

No, Carson. Nunca se está demasiado lejos de Dios, si no se quiere estar… Recuerden todos que aquí, el Tiempo no existe. Y puesto que la energía de Lurkant y su maléfico poder ya no existen tampoco…, ¿por qué no confiar en que todo haya sido como un mal sueño, y podamos regresar de súbito a nuestra nave, *antes* de que todo esto haya sucedido realmente, desplazándonos *hacia atrás* en el Tiempo?

—Eso no es posible…

—Puede serlo… si, como imagino, algo de la energía original de Lurkant quedó en esos seres, en esas infortunadas criaturas de ahí dentro, en ese óvalo que los envuelve, que él llamaba Ojo de Dios…

Se acercó sin miedo al gran ojo, ahora apagado. Bajo la pirámide rocosa, el suelo del planeta temblaba y rugía, a punto de reventar.

Las manos de Random se apoyaron en el enorme óvalo. Notó una especie de fluido correr por sus dedos, penetrar en sus venas, en sus músculos y tendones, llegar hasta su cerebro casi dolorosamente. Cerró los ojos, y se concentró, dejando de pensar en todo para centrarse únicamente en un deseo profundamente expresado:

—Tenemos que regresar. Tenemos que regresar... Nada de esto ha sucedido... Todavía no ha ocurrido... y hemos de volver atrás, al principio de todo, antes de caer hacia la espiral, antes de llegar a su alcance siquiera... ¡Tenemos que hacerlo!

Y su poder mental, en ese momento, pareció centuplicarse, multiplicarse por millones, para convertirse en una fuerza, en una fuente de energía increíble que le llegaba de la órbita de aquel ojo ya extinguido.

Cerraron todos sus ojos al oírle hablar. Y al abrirlos...

* * *

—¡Mirad! ¡Es la espiral! ¡Está lejos, comandante, muy lejos de nosotros!

Cambie el rumbo, señor Carson, de inmediato —ordenó Random, en su puente de mando de la *Galaxia-Alfa*—. Evite aproximarse a ella... o todo volverá a repetirse, y tal vez con menos fortuna que ahora.

—Sí, señor —afirmó Carson, apresurándose a enmendar el rumbo de la supernave.

La doctora Baumer se aproximó al comandante con una sonrisa.

—He comunicado con Maternidad —dijo—. El hijo de los Corman aún no ha nacido. Tardará cuatro meses en hacerlo...

—Eso está bien, doctora —sonrió Random.

—De modo que lo logró. Nada ha sucedido...

—Ni sucederá. Hemos vuelto. Y todo está normal a bordo. Ni monstruo luminoso, ni personas petrificadas, ni nada de nada. Ah, doctora, vea eso...

Señaló el visor. Un cuerpo metálico flotaba en el vacío, no lejos de ellos. Luego, se distanció, se hundió en el inmenso vacío.

—También logré que la nave rusa saliera de la espiral —sonrió Ramdom—. Ahora, el pobre Yakarov descansa en paz dentro de su tumba espacial. Ya no seguirá viviendo contra su voluntad, convertido en un espectro... porque nunca caerá en la espiral de

nuevo...

—Comandante, ha sido usted maravilloso. Sin su genialidad, nunca hubiéramos regresado. Nunca...

—No sé. Creo que hubo algo superior a mí que me guió. De todos modos, doctora, tiene usted razón. Hemos vuelto. Y eso sí ha sido maravilloso. Por cierto, le repito lo que dije una vez, cuando creí que todo terminaba. ¿Qué responde usted?

—Por favor, comandante..., ¿cree que es necesario que le responda? —musitó ella, emocionada, bajando la mirada.

Random la tomó, acercándola a él. La miró a los ojos. Luego se inclinó y besó sus labios. Ella enrojeció levemente y sonrió.

—Te quiero, Ilse —dijo—. Es lo que quería confesarte.

—Waldo, yo.., yo también te quiero. Te quise siempre... y ahora más que nunca.

Y fue ahora ella quien le besó impulsivamente.

La supernave terrestre seguía su ruta, en busca de algún remoto mundo donde aposentarse un día y volver a empezar.

Pero ese mundo tenía que estar aquí, en este Universo que ellos conocían, no en un más allá desconocido, oscuro y terrible.

F I N